

Una Invitación a Vivir

Richard Baxter



Richard Baxter

diarios de avivamientos

Una Invitación a Vivir

Richard Baxter

(Un resumen del famoso libro publicado originalmente en 1658)

Diarios de Avivamientos

La traducción al español para la presente edición, ha sido tomada de la publicada en 1998 por la Iglesia Bautista de la Gracia - Independiente y Particular - Calle Alamós 351 -Colonia Ampliación Vicente Villada - CD. Netzahualcóyotl, México



© Copyright, Derechos Reservados para la traducción al español.

INTRODUCCION

En este libro deseo llamar la atención a un solo texto en la Escritura. El texto viene del Antiguo Testamento y formó parte del mensaje dado por Dios al profeta Ezequiel, para ser entregado al pueblo de Israel. Esto es lo que Dios le dijo:

“Diles: Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿Porqué moriréis, oh casa de Israel?” (Ezequiel 33:11)

Todo lo que tengo que decir en este libro, está basado en estas palabras, las cuales forman un resumen exacto del espíritu del evangelio cristiano. Como respuesta le pido que haga tres cosas: Primero, lea este libro seria y cuidadosamente. Segundo, mientras que lo lee, piense seriamente acerca de lo que está leyendo. Pida a Dios que abra sus ojos para ver la verdad de su Palabra, y que le conceda toda la ayuda necesaria para entenderla y obedecerla. Tercero, cuando esté convencido de su necesidad y del remedio que Dios ha provisto, obedezca su llamamiento y vuélvase a El de todo corazón.

Pudiera ser que muchos de los que lean las páginas de este libro sigan igual como antes; descuidados, ignorantes, mundanos e impíos. Si así sucede, entonces todo lo que puedo hacer es recordarles las palabras de Cristo cuando dijo que son “pocos” (Mat.7:14) los que encuentran el camino que conduce a la vida. Cuando usted haya leído estas páginas, habré terminado con usted. Pero, a menos que sea convertido, el pecado no habrá terminado con usted, tampoco el diablo habrá terminado con usted, y mucho menos Dios habrá terminado con usted. Al contrario, usted será uno de aquellos que serán: “Castigados de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Tes.1:9).

Escribo como uno que pronto estará en otro mundo y que sabe que pronto usted también estará ahí. Si usted quiere encontrarse conmigo en la presencia consoladora de nuestro Hacedor; si quiere ser recibido en la gloria eterna de Dios y escapar de los tormentos eternos del infierno, le ruego que escuche lo que Dios le está diciendo, obedezca su llamamiento, vuélvase a El y viva. Si usted se rehusa, invoque a Dios como testigo de que le advertí y de que usted será condenado, no debido a que no fuera llamado a volverse y vivir, sino debido a que usted no quiso hacerlo.

1. LA LETRA DE LA LEY

Probablemente le sorprenderá a usted, como a mí en otro tiempo, leer lo que la Biblia dice acerca de cuán poca gente irá al cielo al momento de la muerte. Podría sorprenderle aún mas descubrir que aún de aquellos que han escuchado el Evangelio, la mayoría quedará excluida del cielo y pasará la eternidad en el infierno. Por supuesto, hay muchos que se niegan a creer esto, porque rechazan las enseñanzas de la Biblia, pero algún día se verán forzados a experimentar esta verdad. Aquellos que creen esto solo pueden clamar con el apóstol Pablo: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!” (Rom.11:33).

El pensamiento de que la mayoría de la humanidad pasará la eternidad en el infierno de inmediato levanta la importantísima pregunta ¿Porqué? ¿Quién es responsable por esta espantosa catástrofe? Cuando algo malo sucede instintivamente deseamos saber la causa o el porqué. En el caso de algo pecaminoso, nuestros instintos en favor de la justicia nos impulsan a buscar al

culpable, de manera que pueda cargar la vergüenza y el castigo que merece. Si nos encontrásemos con el cadáver de una persona asesinada, desearíamos saber quien la asesinó. Si deliberadamente una ciudad fuese incendiada, desearíamos que el piromaniático fuese llevado a juicio. Entonces cuando leemos acerca de millones de almas sufriendo para siempre en los tormentos del infierno, seguramente querríamos preguntar quien es el responsable. ¿Quién sería tan cruel como para causar tal cosa? ¿Quién tiene la culpa?

Muchas personas responderían que el diablo es el responsable. Hay un sentido en que esto es cierto, pero el diablo no es la causa principal. También es cierto que el infierno es el castigo del pecado y que es el diablo quien tienta a los hombres a pecar, pero él no les fuerza a pecar. Más bien, deja a la voluntad de ellos el resistir o ceder ante la tentación. El diablo no lleva al hombre a las posesiones de otro y lo fuerza a robarlas; ni tampoco le secuestra cada domingo para que no asista a escuchar la Palabra; ni tampoco obliga a su mente a no pensar en los asuntos espirituales. La persona misma escoge actuar en la manera en que lo hace. Pero si el diablo no es la causa principal del pecado de una persona, entonces ¿Quién es? Existen solamente dos posibilidades; Dios o la persona misma es el culpable. Pero Dios específicamente rechaza toda responsabilidad en el asunto, y normalmente los pecadores hacen lo mismo. Este es el asunto que voy a tratar al examinar las palabras registradas por el profeta Ezequiel.

¿ES DIOS EL CULPABLE?

Este mismo argumento, Dios diciendo que el pueblo fue culpable y ellos diciendo que fue El, surgió antes en el libro de Ezequiel cuando el pueblo se quejó de que “no es recto el camino del Señor” (Ez.18:25). En el capítulo 33 versículo 10 dijeron en esencia lo mismo: “Nuestras rebeliones y nuestros pecados están sobre nosotros, y a causa de ellos somos consumidos; ¿Cómo, pues, viviremos?” En efecto ellos estaban diciendo, “Si nuestros pecados están arruinando nuestras vidas y condenándonos para toda la eternidad, ¿Cómo puede ser culpa de nosotros?” Pero Dios deja claro que El no es responsable. Aún mas, les muestra como usar los medios que El ha provisto para que sean salvos de su terrible situación. También les dice que si se niegan a hacer lo que El manda, entonces la culpa les pertenecerá a ellos y El no vacilará en juzgarles y castigarlos. Por otra parte, ellos no tienen ni autoridad, ni sabiduría, ni imparcialidad para juzgarse a sí mismos, mucho menos para juzgar a Dios. Aún mas, discutir con Dios, y quejarse de lo que El hace, no hará nada para salvarles de la ejecución de su justicia. En las palabras del versículo que vamos a examinar (Ez.33:11), Dios hace dos cosas.

Primero, El se declara libre de cualquier culpa respecto de la destrucción eterna de los impíos. Esto lo hace, no anulando su ley, la cual declara que los impíos serán destruidos, ni evadiendo la responsabilidad de ejecutar su ley, ni tampoco dando a los pecadores una esperanza de que su ley no será ejecutada. Más bien, El deja claro que su placer descansa, no en que sean destruidos sino en que se vuelvan a El a fin de que tengan vida eterna.

Segundo, no solo manda expresamente a los impíos a que se vuelvan a El, sino que aún condesciende a razonar sobre el asunto con ellos. Esto lo hace para convencerlos de que El no es culpable, y de que al rechazar sus mandamientos ellos mismos se hacen culpables. En otras palabras, Dios les dice que si los pecadores mueren en sus pecados es porque ellos deciden morir de esa manera.

Esto es a grandes rasgos lo que Dios está diciendo en este versículo el cual forma la base de este libro. Al examinarlo más detalladamente, descubrimos

siete grandes verdades o principios.

1. Es una ley inmutable de Dios que el impío tiene que volverse de su camino de impiedad o será condenado.

2. Dios promete que si el impío se vuelve, entonces recibirá vida eterna.

3. Dios se complace en la conversión y salvación de los hombres, no en su muerte o condenación; El prefiere que se vuelvan a El y vivan y no que sigan en su impiedad y mueran.

4. Dios se ocupa tanto de que los hombres no cuestionen estas verdades que las confirma solemnemente con un juramento.

5. Dios está tan deseoso de la conversión de los pecadores que repite y enfatiza su llamamiento a ellos, que se vuelvan y vivan.

6. Dios condesciende a razonar el caso con los impíos y les pregunta: “¿Porqué moriréis?”

7. Si después de todo esto los impíos se niegan a volverse, no es culpa de Dios si perecen, sino que es culpa de ellos. Su propia obstinación viene a ser la causa de su propia maldición; son condenados porque esto es lo que escogieron.

Estas siete verdades o principios serán destacados mientras que examinamos con detalle la declaración de Dios al profeta Ezequiel. Estos principios permanecen tan firmemente ahora, como lo estuvieron cuando Dios los pronunció por vez primera a su siervo.

LA BIBLIA NOS LO DICE

El primero de estos siete grandes principios es lo siguiente: Es una ley inmutable de Dios que el impío debe volverse de su camino de impiedad o será condenado para siempre.

La palabra de Dios lo deja tan claro como el cristal que el pecador tiene una de dos opciones: La conversión o la condenación. Para muchas personas les resulta difícil creer que esto sea cierto o justo, pero no es sorprendente que los pecadores quieran discutir contra la ley de Dios. No hay muchas personas que estén dispuestas a creer que están equivocadas en sus creencias, y aún menos aceptarán la verdad si representa una desventaja para ellos.

Pero discutir con la ley no salvará al criminal. Si no fuera así, por cada hombre que se sometiera voluntariamente a la ley, cien hombres discutirían con ella a fin de escapar. Los hombres prefieren dar razones por las cuales no deberían ser castigados, mas que escuchar las razones y las decisiones de aquellos que son responsables de administrar la ley. Pero las leyes son hechas para regir y juzgar, no para ser juzgadas. Puesto que así es el asunto ¿Existe alguien tan ciego como para cuestionar la justicia de esta ley de Dios? -que los impíos tienen que volverse de su impiedad o serán condenados. Déjeme darle algunas evidencias tanto de su veracidad como de su justicia.

Primero, si usted duda si sea una ley de Dios o no, en seguida citaré unas cuantas declaraciones de entre cientos de la Biblia, que deberían dejar claro que es así.

Jesús dijo: “De cierto os digo que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mat.18:3). En otra ocasión dijo: “De cierto de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn.3:3). Otro escritor del Nuevo Testamento dijo: “Seguid la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Heb.12:14). En Romanos 8:8 el apóstol Pablo escribió: “Los que viven según la carne [“carne” significa su naturaleza pecaminosa] no pueden agradar a Dios”.

Estas palabras son tan claras que no necesitan ninguna explicación, ni tampoco necesito citar otros textos que dicen lo mismo. Si usted cree que la Biblia es la Palabra de Dios, entonces aquí hay suficiente evidencia de que los

impíos deberían ser convertidos o condenados. Si usted niega la verdad de esas declaraciones, está negándose a creer lo que Dios ha dicho; y si este es el caso, hay muy poca esperanza para usted; usted ya está en el camino hacia el infierno.

¿Esto le parece muy fuerte? En realidad no hay otra alternativa si usted le llama a Dios mentiroso. Y aún mas, si usted le llama a Dios mentiroso en su cara, no le puede echar la culpa si Él, ya no le da más advertencias y le abandona como sin esperanza. ¿Porqué debería seguir advirtiéndole Dios si usted obstinadamente se niega a creerle? Probablemente usted no le creería a Dios si Él mandara un ángel del cielo para hablarle. Después de todo, un ángel solo puede hablar la palabra de Dios, y se nos dice específicamente que, si un hombre o un ángel predica algo diferente de la palabra de Dios, que sea anatema (anatema = condenado eternamente al infierno).(Gal.1:8). No obstante, deberíamos creer al Señor Jesucristo quien vino del cielo y nos trajo la Palabra de Dios antes que creer cualquier ángel. Si no podemos creer a Cristo, entonces tampoco podemos creer a todos sus ángeles del cielo. Y si esta es la posición que usted sostiene, algún día Dios le hará escuchar en una manera más convincente. El le ruega ahora a que escuche la voz de su Evangelio, pero si no quiere escuchar, algún día le forzará a escuchar la voz de su juicio. Nada que yo pueda decir le hará creer la palabra de Dios en contra de su voluntad, pero si se niega a hacerlo, Dios algún día le hará sufrir aún en contra de su voluntad.

ENGAÑO PELIGROSO

¿Pero porqué no quiere creer la Palabra de Dios la cual le dice que los impíos deben ser o convertidos o condenados? ¡Yo sé porque! Es porque usted piensa que es muy improbable que Dios dijera tal cosa. Usted piensa que sería cruel condenar al hombre eternamente por causa de unos cuantos años de vida pecaminosa. Pero ¡usted está equivocado! La Biblia dice respecto a Dios que “Todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos” (Dan.4:37).

Segundo, esto nos conduce a ver que Dios es perfectamente justo al condenar a los pecadores. ¿Seguramente usted no se atrevería a negar que el alma inmortal del hombre debería ser gobernada por leyes que prometen o una recompensa inmortal o un castigo eterno? Si esto no fuera así, entonces las leyes que gobiernan las almas de los hombres ya no serían apropiadas porque tratarían solo con asuntos temporales. Nuestras almas son inmortales y tienen que ser gobernadas por leyes que tratan con nosotros en términos eternos y no simplemente en términos temporales. Cuando las leyes que tratan con serias ofensas criminales prescriben penas de 100 años de prisión, serían apropiadas en el sentido de que alcanzan la totalidad del tiempo de la vida humana; pero si el hombre alcanzara 800 o 900 años de edad, ya no serían apropiadas. En tal caso el criminal convicto podría estar preso 100 años y después disfrutar cientos de años de vida sin castigo. Exactamente el mismo principio es aplicable aquí: Las leyes que gobiernan almas eternas tienen que tratar con ellas en términos igualmente eternos. Los hombres aceptan con felicidad que la promesa divina del cielo habla de algo que es eterno; ¿Entonces porque han de dudar que la advertencia divina acerca del infierno habla de algo que también es igualmente eterno? (Vea Mat.25:46.) Cuando lee en la palabra de Dios que así es, ¿Piensa usted que está cualificado para estar en desacuerdo? ¿Está usted dispuesto a acusar a su Hacedor de mentir? ¿Está usted tan engreído para sentarse a juzgar a Dios? ¿Es usted más sabio y más justo que El? ¿Tiene que acudir a usted el Dios del cielo para obtener sabiduría? ¿Puede Aquél quien es infinitamente sabio aprender de su necesidad? ¿Puede Aquél que es infinitamente puro ser corregido por alguien que no puede ni siquiera mantenerse limpio por

una hora? ¿Debería el Todopoderoso ser juzgado por un gusano? ¡Cuánta necia arrogancia! Esto es como un topo o un pedazo de tierra, o un montón de estiércol acusara al sol de ser oscuro, como si fuera capaz de iluminar mejor al mundo.

¿Dónde estaba usted cuando Dios hizo las leyes por las cuales El gobierna el universo? ¿Porqué no le pidió a usted ayuda? Porque El hizo estas cosas antes de que usted naciera y de todas maneras no necesitaba que alguien le diera consejos. Usted llegó al mundo demasiado tarde para cambiar las leyes de Dios. Quizás usted piensa que si usted hubiera estado vivo en ese tiempo, que habría detenido a Adán de la pena de muerte a causa de su pecado. Quizás usted habría contradicho a Moisés y a los otros escritores del Antiguo Testamento. Quizás se hubiera atrevido a contradecir a Jesús mismo, o habría arreglado las cosas para que Cristo no hubiera tenido que venir, ni morir en la tierra. ¿Y qué hará si Dios llega al fin de su paciencia con usted y le quita su poder que le sostiene vivo y le deja caer en el infierno, mientras que usted está discutiendo con su Palabra y jugando con sus ideas ridículas? ¿Entonces creará que hay infierno?

LA PECAMINOSIDAD DEL PECADO

Hay muchas otras razones bíblicas para creer en la realidad del infierno. Por ejemplo, si el pecado es una cosa tan mala que se necesitaba la muerte de Cristo el Hijo de Dios para tratar con él, seguramente merece el castigo eterno de los pecadores. Además, como la Biblia enseña, los pecados de los demonios merecen el tormento eterno, ¿Porqué no los pecados de los hombres? Seguramente usted se da cuenta de que no es posible, aún para los mejores hombres, ser jueces competentes del justo castigo del pecado. Hay por lo menos seis cosas que uno debería saber antes de que pudiera entender cuán malo es el pecado: El valor verdadero del alma, el cual el pecado deforma; la verdadera naturaleza de la santidad, la cual el pecado destruye; la verdadera naturaleza y excelencia de la ley de Dios, la cual el pecado transgrede; la verdadera naturaleza de la gloria de Dios, la cual el pecado menosprecia; el verdadero carácter y el propósito de la razón, la cual el pecado ofende; la gloria infinita, omnipotencia y santidad contra las cuales todo pecado es cometido. Si usted empieza a comprender estas cosas, entonces comenzará a comprender la pecaminosidad del pecado y el castigo que merece.

Usted ha de saber perfectamente que un criminal es demasiado parcial como para sentarse en juicio contra la ley, o en juicio sobre los procedimientos de la corte. De la misma manera, el pecador juzga por sus sentimientos, los cuales ciegan su razón. La mayoría de los hombres piensan que su propia causa es justa y que cualquier cosa que les perjudica es injusta, y ni sus amigos más sabios y más imparciales les pueden persuadir de lo contrario. La mayoría de los hijos piensan que sus padres son injustos cuando los castigan. Muchos criminales estarían dispuestos a acusar a la ley o al juez de estar haciendo mal, si esto ayudara a su caso.

Pero, ¿Realmente piensa usted que las gentes no santas están preparadas para ir al cielo? Después de todo, son incapaces de amar a Dios aquí en la tierra, ni tampoco pueden servirle de una manera que le sea aceptable. Al contrario, la tendencia completa de sus vidas es en contra de Dios; odian lo que Dios ama, y aman lo que Dios odia. Nunca pueden experimentar jamás la comunión con Dios la cual los creyentes disfrutaban aquí en la tierra; ¿Cómo pudiera ser posible que vivieran en la unión perfecta con Dios, la cual su pueblo disfruta en el cielo para siempre? Usted no pensaría que está actuando sin misericordia si se negara a aceptar a su peor enemigo como su hombre de confianza, o si se negara a dar

alojamiento a unos puercos en su casa. Y no obstante, usted está listo a inculpar a Dios, el Sabio, el Bondadoso Señor Soberano del universo, si El condena a los inconversos a la miseria eterna. En vez de discutir con Dios y su Palabra, le ruego que escuche lo que El le está diciendo y lo tome para su propio beneficio. Si usted es un inconverso, puede tomar esto como cierto de la palabra de Dios: “antes de que un largo tiempo pase, usted tendrá que ser, o convertido o condenado.”

Cuando usted se da cuenta que es Dios, el Hacedor y Juez del mundo quien le está diciendo esto, seguramente es tiempo de escuchar. ¿Ha comenzado a percatarse de esto? Usted está muerto y condenado a menos que sea convertido. Si le fuera a decir algo diferente, le estaría mintiendo. Si yo fuera a ocultar esta realidad su sangre sería sobre mí. Esto es exactamente lo que Dios dijo a Ezequiel: “Cuando yo dijere al impío: Impío, de cierto morirás; si tu no hablares para que se guarde el impío, de su camino, el impío morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu mano.” (Ez.33:8)

Esto puede parecer muy duro, pero lo tengo que decir y usted lo tiene que escuchar. Sin duda es mas fácil escuchar acerca del infierno que experimentarlo. Si su situación no fuera tan seria, no trataría de inquietarle con tales cosas. Pero, menos personas estarían en el infierno hoy si hubieran estado dispuestas a escuchar tal enseñanza y reconocer exactamente en qué situación se encontraban. La razón por la cual pocos se escapan del infierno, es porque no hacen ningún intento por entrar a través de la puerta estrecha de la conversión, y vivir una vida de disciplina y santidad, mientras que tengan la oportunidad de hacerlo. La razón por lo cual no hacen ningún esfuerzo para hacerlo, es porque no están conscientes del peligro en que se encuentran. Y no están conscientes de su peligro porque son renuentes a escuchar acerca de él y a pensar seriamente sobre esta realidad.

Si ésta es la verdad acerca de usted, si usted está renuente a creer estas cosas, pienso que la seriedad del asunto debería obligarle a considerarlo y a no tener paz en su mente hasta que sea convertido. Si fuera a escuchar la voz de un ángel advirtiéndole, “Usted debe ser convertido o condenado; volverse o morir”, ¿No quedaría grabada en su mente para inquietarle noche y día? Que cosa tan feliz sería si este fuera el caso y las palabras del ángel no le dejaran en paz hasta que se pusiera de acuerdo con Dios. Pero si usted está decidido a olvidarse de estas cosas, o rehusa creerlas, ¿Cómo podrá ser jamás convertido? No obstante, usted puede estar seguro de esto: Es posible quitar esta verdad de su mente, pero nunca va a poder quitarla de la Biblia. “Volverse o morir” es una verdad inmutable y de una forma u otra, usted tendrá que experimentarla para siempre.

Entonces, ¿Porqué no son conmovidos los pecadores por una verdad tan importante? Uno pensaría que cualquier persona inconversa que escuchara estas palabras, estaría convencida de su pecado y nunca descansaría hasta que fuese convertido; y sin embargo, la mayoría permanecen descuidados y negligentes. Si usted es uno de éstos, déjeme asegurarle que las cosas cambiarán algún día. La conversión o la condenación le despertarán algún día. Esto se lo digo tan ciertamente como si lo estuviera viendo con mis propios ojos. Algún día, o la gracia o el infierno le harán darse cuenta de cuán necio fue rechazar lo que Dios le estaba diciendo.

2. *EL HOMBRE DESENMASCARADO*

Hay dos cosas en particular que ayudan a endurecer al inconverso: su falta

de entendimiento de las palabras “impíos” y “volveos”. Algunos piensan, “aunque sea cierto que los impíos deben volverse o morir, esto no es aplicable a mí, porque aunque soy un pecador (igual como los demás hombres) no soy ‘impío’.” Otros piensan, “Sé que tenemos que volvernos de nuestros malos caminos, pero ya lo he hecho”. Así, los hombres impíos rehusan admitir que son impíos, mientras que otros piensan que ya se han vuelto de sus iniquidades. Por lo tanto, antes de seguir adelante, tengo que explicar exactamente quienes son “los impíos”, quienes tienen que volverse o morir, exactamente qué significa “volverse”, y cuáles son las señales de la verdadera conversión.

EN EL PRINCIPIO...

Para explicar la “impiedad” y la “conversión” tengo que comenzar con el principio. En la creación Dios hizo tres tipos de seres vivos. Primero, hizo a los ángeles, quienes fueron creados como espíritus puros sin cuerpo, y por lo tanto fueron hechos para el cielo y no para la tierra. Segundo, hizo los animales, a quienes les fue dado cuerpo pero no alma, y por lo tanto fueron hechos sólo para la tierra y no para el cielo. Tercero, Dios hizo al hombre, tanto con cuerpo como con alma, y por lo tanto fue hecho tanto para la tierra como para el cielo. Pero tal como su cuerpo es provisto para servir a su alma, así su tiempo en la tierra es dado con la intención de proveer un camino al cielo. La tierra nunca fue destinada para ser el hogar final del hombre. El hombre fue hecho para el cielo, donde viviría en la gloriosa presencia de Dios para siempre, amándole y siendo lleno de su amor. Y aún más, cuando Dios creó al hombre le dio los medios para alcanzar esto. Primero, le fue dado tanto conocimiento de Dios como fue necesario y relevante, y un corazón naturalmente inclinado a amar y obedecer a Dios. Pero esta inclinación hacia Dios no fue algo fijo y permanente; es decir, el hombre no fue creado como un títere o marioneta. En cambio, Dios le dio un libre albedrío con la capacidad de escoger lo que quería hacer. Segundo, Dios le dio al hombre su perfecta ley y le mandó guardarla viviendo una vida de amor perfecto y obediencia hacia Dios.

Pero el hombre deliberadamente quebrantó la ley de Dios y haciendo esto, él no solo perdió su esperanza de vida eterna; sino también volvió su corazón de Dios para fijarlo en las cosas terrenales, borrando la imagen espiritual de Dios en su alma. Por medio de este deliberado pecado el hombre quedó corto de la gloria de Dios (propósito para el cual fue creado) y se desvió del único camino al cielo. Perdió su amor santo para con Dios y se infectó por un amor hacia el pecado y por el “yo”. El vino a ser separado de Dios y atado a este mundo, y como resultado su estilo de vida fue cambiado radicalmente. En vez de vivir para agradar a Dios, desde ese momento comenzó a vivir para agradarse a sí mismo.

LA FALLA FATAL

Como resultado del pecado de Adán todos los hombres nacen corruptos y con una inclinación pecaminosa. Como la Biblia lo expresa, “¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie” (Job 14:4). Igual como el león tiene una naturaleza feroz y cruel antes de atacar y comer a su víctima, y como una serpiente tiene una naturaleza venenosa antes de morder a alguien, así también, como infantes recién nacidos teníamos inclinaciones pecaminosas antes de pensar, hablar o hacer cosa alguna pecaminosa. Esta es la explicación más clara posible para las actividades pecaminosas que llenan ahora nuestras vidas. Y además, aunque Dios en su misericordia ha provisto un remedio para la situación del hombre enviando al Señor Jesús para ser su salvador y volverlo a Dios, no obstante, el hombre ama tanto su pecaminoso camino, que es renuente a dejarlo. Aún cuando las tradiciones religiosas le impulsan a aparentar que está agradecido con Dios,

sin embargo, rechaza las demandas de Cristo y rehusa su mandamiento a arrepentirse del pecado y vivir una vida piadosa. Fíjese bien en estas palabras; si es necesario vuelva a leerlas, porque ellas son un resumen exacto de su estado natural. Ellas describen lo que “impío” significa; y ellas enseñan que cada persona en su naturaleza caída, es corrupta, impía y está en un estado de muerte espiritual.

EL SIGNIFICADO DE CONVERSION

¿Qué significa ser convertido? Dios no quiso que el hombre pereciera en su pecado, y proveyó un remedio. En la persona de su eterno Hijo, El tomó sobre sí nuestra naturaleza humana (en otras palabras, llegó a ser hombre), y entonces, siendo Dios-hombre, vino a ser el mediador entre Dios y los hombres. Por su muerte en la cruz por los pecados humanos, redimió a los hombres de la maldición de Dios y del poder del diablo. Esto significa que Dios el Padre y Jesucristo su Hijo han establecido una nueva ley. No como la primera ley, que ofrecía la vida eterna solo a aquellos que fueran obedientes perfectamente (cosa que ninguno hizo) y condenó a todos los que la quebrantaron (todos lo hicieron). En cambio, existe ahora lo que podríamos llamar una “ley de gracia”, una promesa de perdón y vida eterna a todos aquellos que son convertidos verdaderamente a Dios, volviéndose de sus pecados y confiando en Cristo. Es como si un rey ofreciera la amnistía a cualquier rebelde que depone sus armas y se compromete a ser un súbdito leal. Pero Dios sabía que el corazón humano era tan corrupto que dejado a sí mismo, nunca aceptaría su oferta. Entonces, Dios hizo algo más: En la persona del Espíritu Santo inspiró a ciertos hombres a comunicar este mensaje en las Santas Escrituras. Ahora, por el mismo Espíritu capacita a los pecadores para entender el evangelio y responder positivamente a su mensaje.

Usted puede ver en esto, que cada una de las tres personas de la divinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, están involucrados en llevar a cabo la salvación del hombre.

El Padre nos creó, nos rige, nos dio su ley, y nos juzgó en conformidad con esa ley; y en su misericordia nos proveyó con un redentor en la persona de su Hijo Jesucristo, y aceptó el rescate que Cristo pagó al morir en lugar de los pecadores.

El Hijo vino a redimir a los pecadores viviendo una vida perfecta en obediencia a la ley de Dios, y muriendo para pagar la pena que ésta establecía; El proveyó y predicó la promesa de salvación. Juntamente con el Padre, El ha enviado al Espíritu Santo al mundo, y finalmente juzgará a toda la humanidad en base a la respuesta que den a su gracia.

El Espíritu Santo causó que la Palabra de Dios fuera escrita inspirando y guiando a los autores humanos de las Santas Escrituras, y a veces confirmaba esta Palabra, dando a los escritores dones milagrosos. El continúa dando a los ministros verdaderos de la Palabra de Dios, entendimiento de su verdad y la capacidad de predicarla fielmente. Y por esta misma Palabra ilumina a los hombres y les trae a la conversión. En la misma manera que no podríamos ser criaturas racionales, si Dios el Padre no nos hubiera creado, y tampoco tendríamos acceso a Dios si Dios el Hijo no hubiera muerto por los pecadores, así también, nunca podríamos llegar a confiar en Cristo y ser salvos a menos que el Espíritu Santo nos capacitara para hacerlo.

Fíjese otra vez en cómo las tres personas de la trinidad están involucradas en la salvación del hombre. El Padre envía al Hijo; el Hijo redime y anuncia el “evangelio” (las buenas noticias de lo que El ha hecho, el mensaje que los apóstoles registraron en la Biblia, el mensaje que los verdaderos ministros del evangelio predicán); y el Espíritu Santo toma la predicación fiel de la Palabra de

Dios y la hace eficaz, abriendo el corazón de los hombres para recibirla. Todo esto es hecho para volver los corazones de los hombres del pecado y del “yo” y colocar sus vidas en el camino hacia el cielo, trayéndoles a confiar en Cristo.

LOS PECADORES Y LOS SALVOS

Ahora debería entender lo que significa ser “impío” y lo que significa ser “convertido”, pero quizás le sería de ayuda si doy una explicación más amplia. Una persona impía puede ser conocida en tres maneras:

Primero, su corazón está puesto en la tierra y no en el cielo; ama a la criatura más que a Dios; se preocupa más por la prosperidad terrenal que por la felicidad eterna; ama las cosas naturales pero no tiene apetito para las cosas espirituales. Puede ser que esté de acuerdo con que el cielo es mejor que la tierra, pero esto no le interesa mucho; prefiere más bien vivir aquí que allá. Una vida de perfecta santidad en la presencia de Dios, amándole y alabándole para siempre en el cielo, no le apetece tanto como la salud física, su condición y posesiones terrenales. El impío pudiera aún decir que ama a Dios, pero no tiene ninguna experiencia espiritual del amor de Dios. Su mente permanece fija en los placeres mundanos y carnales. Puesto en forma sencilla, cualquiera que ama la tierra más que al cielo, sus posesiones más que a Dios, es un inconverso; es un “impío”.

Por otra parte, cualquiera que es convertido, entiende algo de la hermosura de Dios y es tan convencido de la gloria a la cual Dios le ha llamado, que su corazón se ocupa más de esto, que de cualquier cosa de este mundo. La persona que es verdaderamente convertida prefiere vivir eternamente en la presencia de Dios, que poseer todos los placeres y toda la riqueza de este mundo. Puede ver la vanidad de las cosas terrenales y se da cuenta que solamente Dios puede satisfacer su alma. Por sobre todas las cosas, está decidido a no aferrarse a las cosas terrenales; porque sus esperanzas y tesoros verdaderos se encuentran en el cielo. Tal como la llama de fuego va hacia arriba, y la aguja magnética señala siempre al norte, así el alma convertida se inclina hacia Dios. Ninguna otra cosa le puede satisfacer, y tampoco puede encontrar paz en ninguna otra cosa, salvo en el amor de Dios. En una palabra, aquellos que son convertidos aman a Dios más que al mundo, el gozo celestial más que la prosperidad terrenal. El salmista lo expresó en la siguiente forma:

“¿A quien tengo yo en los cielos sino a ti? y fuera de ti nada deseo en la tierra.

Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre” (Salmo 73:25-26)

Jesús dijo, “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, ahí estará también vuestro corazón”.(Mat.6:19-21). Hablando de sí mismo y de los demás creyentes, el apóstol Pablo dijo, “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos” (Fil.3:20). Y en otro texto dijo a los creyentes, “Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col.3:2) y que “los que son de la carne piensan las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu en las cosas del Espíritu” (Rom.8:5).

Segundo, el hombre impío es uno cuya preocupación principal en esta vida es la de agradarse a sí mismo. Podría ser que tuviera cierta religiosidad, que no cometiera grandes pecados, pero no obstante, es un hecho que no hace del deseo de agradar a Dios, la preocupación principal de su vida. Le da a Dios lo que le sobra en esta vida, todo el tiempo y el esfuerzo que así le conviene. No está preparado para sacrificar todo, sin escatimar nada para Dios y para el cielo.

Por otra parte, el hombre convertido es alguien que hace del agrandar a Dios su asunto principal en esta vida. Todas sus bendiciones en esta vida las ve como ayudas en su camino hacia otra vida, la vida celestial. Somete la totalidad de su vida a Dios. Vive una vida santa y anhela ser más santo. Aborrece cualquier pecado que llega a cometer, y ora y se esfuerza para terminar con él. Toda la dirección e inclinación de su vida es hacia Dios. Cuando peca, es en contra de la dirección general de su vida, por lo cual lo lamenta y se arrepiente. No permite voluntariamente que ningún pecado le domine. No hay ninguna cosa en este mundo que quiera tanto, que no la rendiría o la abandonaría, para Dios y por la esperanza de compartir la gloria eterna. La Biblia tiene mucho que decir con respecto a esta línea de pensamiento, Jesús dijo: “mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia” (Mat.6:33). El apóstol Pablo dijo que: “Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios” (Rom.8:13-14), y que, “los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gál.5:24). Todo esto es subrayado por la maravillosa promesa de Dios de que: “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con El en gloria” (Col.3:4).

Tercero, el hombre impío nunca realmente entiende o disfruta lo que la Biblia dice acerca de la redención; ni acepta con agradecimiento la oferta divina de un salvador, ni es impresionado por el amor de Cristo; ni está dispuesto a someterse a la autoridad de Cristo a fin de ser salvado de la culpa y el poder de sus pecados y ser hecho justo ante Dios. Al contrario, su corazón está insensible a estas cosas; y él prefiere que sea así. Pudiera estar dispuesto a ser religioso en forma externa, pero se niega a someterse al cetro de Cristo, a la autoridad de la Palabra de Dios y a la guía del Espíritu Santo.

Por otra parte, el hombre convertido sabiendo que su pecado le ha arruinado, que ha destruido su paz con Dios y que ha terminado con su esperanza del cielo; gozosamente recibe el evangelio, y pone su confianza en el Señor Jesucristo como su único salvador. Para el hombre convertido, Cristo es la vida de su alma. Vive por medio de El, y ve hacia El en todas sus necesidades y se regocija en la sabiduría y el amor divino que proveyó tal salvador. El apóstol Pablo lo expresó en la siguiente manera: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál.2:20). Escribiendo a otro grupo de creyentes Pablo dijo: “Ciertamente aún estimo todas las cosas como pérdida, por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor” (Fil.3:8).

Ahora usted puede ver que la Palabra de Dios enseña claramente quienes son los impíos y quienes son los convertidos. Algunas personas piensan que si un hombre no es un borracho, un fornicario, un extorsionador, o algo parecido, y que si asiste a alguna iglesia, y ora, entonces es un hombre “convertido”. Otros piensan que si alguien que antes era un borracho o un mafioso, o que tenía algún otro vicio y ahora lo ha dejado, que es un hombre “convertido”. Otros mas piensan que una persona que era anti-religiosa en sus actitudes y cambiando llega a ser religioso, entonces seguramente que fue “convertido”. Aún algunos son tan necios como para pensar que son “convertidos” porque se han interesado en una nueva religión. Y algunos piensan que: Una consciencia culpable, el miedo del infierno, una determinación de portarse bien, o una vida exteriormente aceptable y religiosa es igual a la conversión verdadera. No obstante, todas estas personas están equivocadas, y en enorme peligro, porque cuando escuchan que el impío tiene que volverse o morir, piensan que la

advertencia no es aplicable a ellos, o sea porque no se consideren “impíos” o porque se consideren como ya “convertidos”. Esto es porqué Jesús dijo a algunos de los líderes religiosos que confiaban en su propia justicia que: “los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios” (Mat.21:31). Él no quería decir que los publicanos (quienes fueron muy notables por su deshonestidad) y las prostitutas serían salvos sin ser convertidos, sino que era más fácil lograr que los abiertamente pecadores reconocieran sus pecados y su necesidad de conversión, que aquellos cuyos pecados fueran más “respetables” y quienes se engañaban a sí mismos pensando que eran convertidos cuando no era así.

LA CONVERSION Y SUS CONSECUENCIAS

La conversión es muy diferente que lo que la mayoría de la gente piensa. No es una cosa pequeña desatar la mente de una persona de la tierra y enfocarla hacia el cielo. No es poca cosa cuando un hombre tiene tanto aprecio para Dios que se vuelve a Él con un amor que no puede ser apagado. No es una cosa pequeña lograr que un hombre rompa con el pecado y acuda a Cristo para refugiarse, abrazándole lleno de gratitud como la vida de su alma. No es fácil cambiar la dirección y la inclinación del corazón y de la vida, de tal manera que uno dé la espalda a las cosas en las cuales pensaba encontrar la felicidad y ponga su esperanza para lograr la felicidad, en donde antes no la buscaba, con una dirección completamente nueva. La Biblia dice que la persona verdaderamente convertida a Cristo, es una nueva criatura, “las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas” (2 Cor.5:17). Tiene un entendimiento nuevo, una voluntad nueva, una resolución nueva, tristezas y deseos nuevos, un amor nuevo, nuevos pensamientos, nuevos compañeros y palabras. Cosas que antes le causaban risa, ahora le son tan viles que huye de ellas como si fueran la muerte. El mundo que antes era tan hermoso ante sus ojos, ahora le parece vano y vacío. Dios, a quien antes descuidaba, ahora es la felicidad de su alma; Dios, quien antes era olvidado y cada deseo antepuesto a Él, ahora ocupa el primer lugar en todas las cosas. Jesucristo, acerca de quien pensaba tan poco con anterioridad, ahora es su único refugio y esperanza. Ahora depende de Él como su pan cotidiano; no puede vivir sin Él, orar sin Él, regocijarse sin Él, pensar sin Él o hablar sin Él. El cielo, sobre el cual antes solo pensaba en términos vagos, ahora lo ve como su hogar, el lugar de su única esperanza y descanso, donde pasará toda la eternidad viendo, alabando y amando a Dios. El infierno, el cual antes solo consideraba como una invención para asustar a los hombres por sus pecados, ahora lo ve como algo real y terrible, y no algo con lo que debemos jugar o estar arriesgando. La santidad de vida, de la cual antes solo la consideraba como algo aburrido e innecesario, ahora es la gran meta de su vida. La Biblia, que antes consideraba como un libro igual que los demás, ahora la ve como la ley de Dios, escrita específicamente para él y firmada con el mismo nombre de Dios. El pueblo de Dios que antes le parecían ser como las demás personas, ahora son vistos como las mejores y más felices personas en el mundo, y ahora los impíos, quienes antes le acompañaban en sus pecados, ahora le llenan de tristeza. Antes se reía de los pecados de ellos; ahora llora por ellos y por la terrible miseria que sus pecados les acarrearán. Lloro por aquellos de quienes la Biblia dice, “Cuyo fin será perdición, cuyo Dios es el vientre y cuya gloria es su vergüenza, que solo piensan en lo terrenal” (Fil.3:19). Ahora se da cuenta de que todas las personas inconversas son “enemigos de la cruz de Cristo” (Fil.3:18).

Todo esto significa que el hombre convertido tiene un corazón nuevo,

pensamientos nuevos y una vida nueva. Antes, la autosatisfacción era la única meta de su vida; ahora su vida está centrada en Dios y su Palabra. Su vida es caracterizada por la santidad, la justicia y la misericordia. Antes, el “yo” gobernaba su vida; todas las demás cosas, aún las voces de Dios y de su propia consciencia tenían que ceder al “yo”; ahora Dios es quien rige su vida y todas las cosas tienen que ceder ante El. La conversión no es un cambio de unas pocas aspectos de la vida de una persona, sino que es una revolución en la cual todas las cosas son cambiadas. Un hombre caminando en el campo, puede tomar uno de varios distintos caminos y aún así dirigirse en la misma dirección; pero es otro asunto volverse por completo y caminar hacia un destino totalmente diferente. Así es con la conversión ; un hombre puede volverse de la borrachera, la inmoralidad o algún otro pecado abierto y comenzar a asistir a la iglesia, y no obstante puede estar todavía en el camino del “yo” que conduce al infierno. Pero cuando una persona es verdaderamente convertida, el “yo” es destronado y Dios es entronizado. En lugar de ser adicto al “yo”, el hombre convertido es devoto a Dios. Su vida entera está encaminada hacia una dirección nueva. An-tes, usaba todo su tiempo, sus talentos y posesiones para gratificar sus propios fines egoístas, pero ahora busca toda la dirección divina en todas estas áreas, y busca usar sus dones para la gloria de Dios. Antes, sólo había algo para Dios si esto no le resultaba inconveniente, pero ahora está decidido a agradar a Dios cueste lo que cueste. Esta es la conversión real, el cambio fortísimo que Dios obra en todos aquellos que son verdaderamente salvos; y es el cambio el cual cada hombre y mujer en el mundo tienen que experimentar o serán condenados a la miseria eterna.

¿HA SIDO USTED CONVERTIDO?

¿Cree usted esto? ¿Cómo puede no creer algo que es innegable e indudable? Esto no es algo acerca de lo cual puede haber algún desacuerdo entre los cristianos genuinos. Todos están de acuerdo que esta es la verdadera enseñanza de la Palabra de Dios. Y si usted se atreve a no creer lo que claramente ha dicho Dios, entonces está en graves problemas y sin excusa alguna. Si usted cree en la necesidad de ser convertido, ¿Entonces porqué está contento en permanecer como no convertido? Déjeme expresarlo de otra manera. ¿Sabe si es usted convertido? ¿Ha tenido lugar este maravilloso cambio en su vida? ¿Ha nacido de nuevo, le ha sido concedida una nueva vida? (Jn.3:3). Pudiera ser que usted no puede decir la fecha cuando esto le ocurrió, o las palabras exactas que Dios usó para realizar este cambio. Pero, ¿Sabe usted que la obra ha sido realizada, que el cambio ha ocurrido, y que su corazón es ahora el tipo de corazón que he estado describiendo?

La mayoría de la gente no se preocupa por ninguna de estas cosas. A condición de que puedan decir algo parecido a: “No soy un ladrón, un borracho, un extorsionador”, o “Asisto a la iglesia”, o “Hago mi oración”, ellos se imaginan que son convertidos. Pero se están engañando a sí mismos; y están poniendo muy poca atención en las glorias del cielo y en sus propias almas inmortales. ¿Está usted haciendo esto, tomando a la ligera el cielo y el infierno? Muy pronto su cuerpo yacerá en el polvo y su alma será llevada a su destino eterno. Pronto las cosas serán muy diferentes de lo que son en el presente. Usted vivirá en su actual hogar sólo un poco más, trabajará solo un poco más, verá con sus ojos, escuchará con sus oídos y hablará con lengua sólo un poco más; entonces morirá y algún día será resucitado para enfrentarse cara a cara con Dios y ser juzgado. ¿Puede usted atreverse a ignorar esto? ¿En qué lugar estará pronto, un lugar de gozo o de tormento? ¿Cuál será pronto su visión, el cielo o el

infierno? ¿Cuáles pensamientos se apoderarán de usted, un deleite indescriptible o el horror?
¿Cuál trabajo le ocupará pronto, el de alabar a Dios con los santos y los ángeles o de gritar con los perdidos y los demonios en la agonía del fuego que no puede ser apagado? ¿Se atreverá a ignorar todo esto? Y recuerde que estas cosas serán eternas; sus gozos o sus tristezas serán para siempre. ¿Podrá usted no hacer caso de esto?

Cuando usted haya viajado un poco más en esta tierra estará muerto y se habrá ido, entonces usted encontrará que todo lo que le estoy diciendo es la verdad. Entonces, recordará haber leído estas páginas y haber escuchado estas cosas, y se dará cuenta de que son mil veces más importantes, de lo que usted o yo nos imaginábamos aquí en la tierra.

yo nos imaginábamos aquí en la tierra. Entonces, ¿Cómo puede usted pasar por alto estas cosas? Si Dios no me hubiera capacitado para creer estas cosas y tomarlas en serio, yo habría permanecido en el egoísmo y las tinieblas espirituales, y habría perecido para siempre. Pero porque El me las ha revelado, anhelo tener compasión de otros incluso de usted. ¿Puede usted entender esto? Si usted entendiera la realidad del infierno y viera a sus vecinos inconversos arrastrados ahí con terror, aunque usted pensó que eran personas decentes que nunca fueran advertidas y que no estaban conscientes de su peligro, seguramente usted querría advertirles a ellos del terrible peligro en que estaban. Jesús dio una parábola muy semejante acerca de un hombre que se encontró a sí mismo en el infierno y rogaba para que alguien fuera a advertir a sus cinco hermanos “a fin de que ellos no vengan también a este lugar de tormento”.(Luc.16:28)

VER ES CREER

La fe es como un tipo de visión, es el ojo del alma, la evidencia de las cosas que no podemos ver. Si creemos en Dios es como si estuviéramos viéndolo. Esto es el porqué estoy tan seguro y hablando tan en serio sobre estas tremendas verdades. Si un amigo suyo fuera a morir mañana y luego regresara a la tierra para decirle lo que había visto, ¿Estaría dispuesto a creerlo? ¿Podría no creerle y no poner atención a lo que le dijera? ¿Desearía que él no le dijera la verdad? ¿No se apresuraría a escucharle y a tomar en su corazón lo que él le dijera? Pero nada de esto sucederá. La manera en que Dios le enseñará es por medio de la predicación fiel y la enseñanza de las Escrituras, Dios no cambiará su método para agradar a los incrédulos. Esto es el porqué le ruego que me escuche ahora, como si escuchase a alguien que ha regresado de entre los muertos para hablarle. Le aseguro de la veracidad de lo que le estoy diciendo, tan ciertamente como si yo hubiera visto estas cosas con mis propios ojos. Después de todo, sería posible que alguien regresara de los muertos para mentir acerca de lo que hubiera visto, pero Jesucristo jamás puede mentir, y la Palabra de Dios dada a nosotros por el Espíritu Santo, jamás le puede engañar. Usted tiene que creer estas verdades o será perdido. Si usted cree que la Palabra de Dios es verdad, si le preocupa en cualquier sentido la salvación de su alma, le ruego que escudriñe su corazón y que se haga a sí mismo las siguientes preguntas: ¿Realmente es verdad que debo volverme o morir? ¿Debo ser convertido o condenado? ¿No sería conveniente hacer algo antes de que sea demasiado tarde? ¿Porqué no he hecho algo hasta ahora? ¿Porqué he corrido el peligro descuidando algo que es tan importante? Mientras que usted medite en estas preguntas, déle gracias a Dios de que no ha cortado ya su vida terrenal antes de que tuviera esperanza alguna de la vida eterna. Entonces, asegúrese de que ya no va a ser negligente en este asunto. Sea honesto con Dios y continúe preguntándose el tipo de preguntas que le ayudarán a descubrir si es realmente convertido o no.

¿Ha realizado Dios un gran cambio en mi vida? ¿Me ha enseñado el Espíritu Santo la vileza de mis pecados, mi necesidad de un salvador, el gran amor de Cristo por los pecadores y las glorias de Dios y del cielo? ¿Ha sido quebrantado mi corazón y humillado por mi vida pasada? ¿He recibido a Jesucristo como mi Señor y Salvador? ¿Odio mi pecaminosa vida pasada y cada remanente de pecado que queda en mí? ¿Doy la espalda al pecado como mi enemigo mortal? ¿Estoy decidido a vivir una vida de santidad y obediencia a Dios? ¿Amo la santidad y me deleito en la obediencia? ¿Puedo decir verdaderamente que estoy muerto al mundo y al “yo” carnal, y que vivo para Dios y para la gloria que El ha prometido? ¿Pienso más acerca del cielo que de la tierra? ¿Me es más querido Dios que cualquiera otra persona? ¿En lugar de darle y servir a Dios lo que sobra de mi vida, ahora tiene mi vida una nueva dirección y una nueva meta? ¿He puesto mis esperanzas y mi corazón en el cielo? ¿Anhele ir allí para ver el rostro de Dios y vivir para siempre en su amor y alabanza? Cuando peco, ¿está en contra de la inclinación general de mi corazón? ¿Me está capacitando Dios para vencer todos mis graves pecados, y anhele acabar con toda debilidad moral?

Esto es un examen escudriñador, pero seguramente le ayudará a ver si es usted verdaderamente convertido o no. Si existe alguna duda acerca de su condición, este es el momento para resolver sus dudas, porque pronto viene el día cuando el juez de todos los hombres las resolverá para usted. Seguramente usted se conoce a sí mismo lo suficiente como para determinar si es convertido o no.

Si no lo es, no tiene caso halagarse a sí mismo con orgullo y con esperanzas falsas.

¿Porqué seguir engañándose a sí mismo más? Más bien, clame a Dios por la gracia que le ayudará a ser convertido. Si usted se retrasa más, corre el riesgo de ser abandonado por Dios o de ser arrebatado por la muerte, y entonces será demasiado tarde. No hay ningún lugar para el arrepentimiento después de la muerte. Tiene que ser ahora o nunca.

ESCU德里ÑE SU CORAZON

Todo lo que le pido es esto: examine su corazón para ver si es verdaderamente convertido o no. Si usted está todavía inseguro, busque algún ministro piadoso del evangelio y pídale ayuda. Este asunto es tan importante que no debería dejar que ninguna cosa le impidiera hacerlo. Los ministros piadosos son una parte de la provisión divina para el bien de nuestras almas, igual como los doctores lo son para el bien de nuestros cuerpos. Miles de personas piensan que son convertidas cuando no lo son. Ellos rehusan escuchar cuando les llamamos a volverse a Dios porque piensan que mientras que evitan algunos de los pecados más feos, ya están convertidas y caminando en la dirección correcta, cuando la verdad es que evidentemente están viviendo para sí mismos y desconocen a Dios y la vida eterna. Rehusan pensar seriamente acerca de esto y ocupar unas cuántas horas examinando su condición espiritual, ¡Si sólo supieran el peligro en que se encuentran! ¡Si sólo supieran que un Dios misericordioso está dispuesto a hacer tanto para salvarles, mientras que ellos hacen tan poco! ¿Es esta la verdad acerca de usted? Si así es, el diablo ha cegado su mente y le ha hecho creer que ya es salvo. Si usted supiera que no está en el camino hacia el cielo y que estaría perdido para siempre si muriera en su estado presente, ¿Se atrevería a dormir esta noche? ¿Se atrevería a vivir otro día en esta condición, podría volver a reírse y estar feliz, sabiendo que en cualquier momento podría encontrarse siendo arrebatado al infierno? Seguramente clamaría a Dios por un corazón nuevo y buscaría la ayuda de quienes le pudieran aconsejar.

No es posible que usted quiera ser condenado. Entonces, le ruego que

escudriñe su corazón y que siga haciéndolo hasta que conozca cual es su condición. Si encuentra que usted es verdaderamente convertido, entonces puede regocijarse y esforzarse para continuar viviendo una vida piadosa; pero si encuentra que no es así, tiene que dar a este asunto su atención urgentemente. ¿Lo hará ahora? ¿Se examinará a sí mismo? ¿Es ésta una petición irracional? Su consciencia sabe que no es así. Entonces, haga lo que Dios le manda hacer, recordando que pronto comparecerá ante El en el día del juicio. Por el bien de su alma eterna, la cual tiene que volverse o morir, asegúrese de que usted está parado en tierra firme. No se atreva a poner en riesgo su alma siendo negligente o descuidado.

3. *LA GRAN PROMESA DE DIOS*

El segundo gran principio que debe ser considerado es este: Dios promete que si el impío se vuelve, entonces recibirá vida eterna.

Tan seguro como Dios promete el infierno a los impíos, promete el cielo a los convertidos. “Volveos y vivid” es una verdad tan cierta como “volveos o morid”, y Dios se deleita cuando los pecadores se vuelven a Él y viven.

Cuando el hombre pecó y rompió su relación con Dios, Dios no estaba obligado a proveerle un salvador, ni darle ninguna esperanza de salvación, ni siquiera a llamarlo a que se volviera; sin embargo, en su grande misericordia Dios ha hecho todas estas cosas. Este es el mensaje que todos los verdaderos predicadores del evangelio comunican a los hombres. El nuestro no es un mensaje de condenación, sino que es exactamente lo opuesto. Nuestro mensaje es que cada persona que es nacida de nuevo será salvada. Nuestro mensaje no es de desesperación sino de esperanza. Vida y no muerte, es lo que nosotros proclamamos. Nuestra comisión divina es la de ofrecer salvación, una salvación segura, inmediata, gloriosa y eterna para todos, aún para los peores de los pecadores. Dios nos manda ofrecer un perdón pleno y gratuito para todos aquellos que se vuelvan a El y vivan. Somos mandados a decir a los hombres lo que Cristo ha hecho por los pecadores, cuánta paciencia, ternura y misericordia tiene Dios para con ellos y cuán grande y maravillosa felicidad les pertenecerá si se vuelven a El; entonces nuestro ruego es que acepten la oferta de Dios.

TRISTES Y FELICES

Por supuesto nuestro mensaje habla del enojo de Dios y de la muerte del pecador, pero este no es nuestro mensaje principal. Los verdaderos predicadores de la Palabra de Dios sin lugar a dudas tiene que advertir a los hombres de que por naturaleza ya están bajo el justo enojo de Dios y espiritualmente muertos. Pero esto es con la finalidad de enseñarles su necesidad de la misericordia divina, y lograr que se den cuenta del gran valor de la gracia de Dios. Tal como nadie iría al doctor a menos de que estuviese convencido de que está enfermo, por la misma razón, mi motivo para decirle acerca de su terrible condición espiritual (la cual ha producido por sus propios pecados), es para que se vuelva a Cristo en busca de misericordia. Esto es también el porqué le estoy diciendo acerca del tormento eterno que caerá sobre todos aquellos que se niegan a convertirse.

Pero esta es la parte triste de mi mensaje. Primeramente debo ofrecerle misericordia si usted se vuelve a Dios; son solamente aquellos que se niegan a volverse y rehusan la voz de la misericordia divina a quienes tengo que enfrentar con el mensaje de la condenación eterna. Si usted da la espalda a sus pecados y se vuelve a Cristo siendo convertido, no tengo ninguna palabra de condenación que decirle.

En el nombre del Señor de vida, puedo asegurarle que, no importando cuán pecador usted haya sido, recibirá misericordia y salvación si se vuelve a Cristo. Cristo ha hecho todo lo necesario y la promesa de Dios es gratuita, completa y eterna. Usted puede tener vida si solo se vuelve, pero recuerde lo que las Escrituras significan cuando hablan de “volverse”. Esto no es como reparar la vieja casa; más bien, es como derrumbarla y edificar una nueva sobre Cristo Jesús el único cimiento firme. No es un asunto de efectuar algunos cuantos cambios morales en su vida, más bien es un asunto de hacer morir su naturaleza pecaminosa y vivir una vida de obediencia al Espíritu Santo. No es un asunto de honorabilidad y religiosidad, sino que significa, un cambio de dueño y del propósito y dirección entera de su vida. Significa volver su rostro hacia la dirección opuesta en la que usted estaba caminando, y dedicarse a Dios con todo su ser. Este es el cambio que usted tiene que hacer si quiere recibir la vida eterna.

Esto le enseña que la salvación y no la condenación constituye la parte más importante de mi mensaje para usted. Si usted aceptara esto y se volviera a Cristo, ya no habría necesidad de asustarle o inquietarle hablando de la condenación. Pero si usted se rehúsa a ser salvo, entonces ciertamente que será condenado, porque no hay ningún punto intermedio, usted tiene que recibir vida o muerte.

LA VERDAD DEL ASUNTO

Pero Dios me llama no sólo a ofrecerle vida, sino también a mostrarle que Dios habla en serio en lo que dice, que su promesa es verdadera y que el cielo no es un mito sino un lugar de verdadera y eterna felicidad. Hay cientos de textos en las Escrituras donde esta verdad puede ser corroborada. En seguida citaré algunos de ellos.

La Biblia dice que si alguien llega a ser cristiano: “Nueva criatura es; las cosas viejas pasaron he aquí todas son hechas nuevas” (2 Cor.5:17). Cuando Jesús comisionó a los apóstoles les dijo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (Marcos 16:15-16). El apóstol Pablo dijo a sus oyentes: “Que por medio de Jesús se os anuncia perdón de pecados” (Hech.13:38).

Usted puede ver de estas declaraciones, que los predicadores del Evangelio tienen autoridad divina para prometerle que si se vuelve a Dios vivirá. Usted puede encomendar con confianza su alma aquí: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda mas tenga vida eterna” (Jn.3:16). La sangre del Hijo de Dios ha comprado la promesa; la fidelidad y la verdad de Dios garantizan que es válida; la Escritura registra muchos milagros que Dios realizó para confirmarla; los predicadores son enviados para proclamarla; y el Espíritu Santo abre los corazones de los hombres para recibirla. Estas cosas están más allá de cualquier discusión. Aún los peores de los pecadores serán salvos si se vuelven a Dios.

Si usted piensa ser salvo sin convertirse, usted cree una mentira, y yo le mentaría si le dijera que podría ser así. Sería como creer lo que el diablo dice, en lugar de lo que Dios dice. Después de todo, tanto Dios como el diablo prometen a los hombres vida eterna. Dios promete “volved y viviréis”; el diablo promete “viviréis, no importa si usted se vuelve a Dios o no”. Dios dice, “Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mat.18:3), “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn.3:3); “Seguid la santidad sin la cual nadie verá al Señor” (Heb.12:14). Por otra parte el diablo

dice: “Usted puede ser salvo sin nacer de nuevo y sin ser convertido. No hay necesidad de ser santo, basta con ser una persona respetable. Dios le está tratando de asustar. El es demasiado misericordioso como para condenar a alguien; El le tratará mejor de lo que dice su Palabra”. Y es una tragedia que la mayoría de la gente cree más al diablo que a Dios; lo cual es la misma manera en que el primer pecado entró al mundo. Dios dijo a nuestros primeros padres: “Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de el comieres morirás” (Gen.2:17). Pero el diablo contradijo a Dios y dijo: “No moriréis” (Gen.3:4); y Adán y Eva creyeron más al diablo que a Dios. Y ahora Dios dice: “Volverse o morir”, pero el diablo dice: “No moriréis. Siga pecando tanto como pueda, entonces, en el último momento pida a Dios que tenga misericordia de usted”; y esto es lo que el mundo cree. ¡No puede haber mayor impiedad que creer al diablo más que a Dios!

Aquellos que creen que pueden ser salvos sin un cambio radical de corazón y vida, quizás pudieran decir que están confiando en Dios, pero la verdad es que están haciendo exactamente lo opuesto; están creyéndole al diablo. Prácticamente ellos han convertido a Dios en el diablo. ¿Dónde dijo Dios que los no regenerados, los inconversos, los impíos serían salvos? Muéstrame un sólo lugar en la Escritura que diga esto. Esta es la mentira del diablo y creerla, es creerle al diablo. La Palabra de Dios está llena de consuelo y fortaleza para la persona santa, pero no tiene nada para apoyar a la impiedad, o para dar a alguien la más mínima esperanza de ser salvo sin un cambio que conduzca a una vida santa.

Sin embargo, si usted se vuelve a la misericordia de Dios, la misericordia divina le recibirá. Entonces, confíe en Dios para la salvación, porque El ha prometido en su Palabra salvar a todos los que confíen en El. El no salvará a nadie que se niegue a abandonar el mundo, la carne y el diablo. Pero, será un Padre a todos aquellos que entren en su familia confiando en su Hijo. Si los hombres no vienen, es su propia culpa. La puerta de la salvación esta abierta por completo. Dios no impide a nadie para que entre. El jamás ha dicho a nadie, “aunque usted fuere convertido, no le recibiré”. Pudiera haber actuado así y habría permanecido justo, pero no lo ha hecho y no lo hará. Si usted está sinceramente dispuesto a volverse a El de todo corazón, Dios esta dispuesto a recibirle y a concederle el perdón de sus pecados y la vida eterna. La verdad de esta promesa maravillosa se aclarará más en los próximos tres capítulos.

4. *EL BENEPLACITO DE DIOS*

Esto nos conduce al tercer gran principio contenido en el mensaje divino a Ezequiel: Dios se complace en la conversión y salvación de los hombres, no en su muerte o condenación; El prefiere que se vuelvan a El y vivan, y no que sigan en su impiedad y mueran.

Dios dijo a Ezequiel: “No quiero la muerte del que muere, dice el Señor Jehová; convertíos y viviréis.” (Ez.18:32) Este texto enseña que Dios desea sinceramente la conversión de todos los hombres, aún de aquellos que nunca serán convertidos, sin embargo no tiene ese deseo en el sentido que sea algo que El haya predeterminado o predestinado. Déjeme explicar. Un rey puede tener poder para encarcelar a un asesino, y aún ejecutarlo, mientras que al mismo tiempo su deseo verdadero es que su pueblo no cometa homicidio. No le da placer ejecutar a ninguno de sus súbditos; más bien preferiría que la persona guardara su ley y viviera. En otras palabras, la obediencia de su súbdito es su deseo, pero no su determinación. Déjeme explicarlo en otra manera.

Un rey puede hacer una proclamación pública que diga: “No tengo placer en su muerte sino más bien en que obedezcan mi ley y vivan, pero si cometen cualquier ofensa digna de muerte, morirán”. En forma semejante, un juez podría decir verdaderamente a un asesino convicto, “No tengo placer en sentenciarle a la muerte; preferiría que hubiera guardado la ley y viviera, pero puesto que usted ha quebrantado la ley debo condenarle, o sería injusto”. El mismo principio es aplicable al asunto que estamos considerando. Aunque Dios no tiene placer en condenarle, por lo tanto le llama a volverse y a vivir; no obstante tiene placer en demostrar su propia justicia y en ejecutar sus propias leyes. Por lo tanto ha determinado que si usted no se convierte, será condenado. Si Dios estuviera tan opuesto a la condenación de los impíos que determinara hacer todo lo que pudiera para prevenirlo, entonces, nadie sería condenado. Pero este no es el caso. Jesús dijo que: “Estrecha es la puerta y angosto es el camino y pocos son los que la hallan” (Mat.7:14). Dios está opuesto a su condenación hasta este extremo: Le enseña, le advierte, le invita a escoger entre la vida y la muerte, y le manda a través de los predicadores del evangelio a que no se destruya a sí mismo y que acepte su misericordia. Pero, si esto no es suficiente y usted permanece inconverso, usted no tiene ninguna excusa y Dios está determinado a condenarle. El dijo: “Impío, de cierto morirás” (Ez.33:8). Jesús dijo: “De cierto os digo, que si no os volviereis, y fuereis como niños no entraréis en el reino de los cielos” (Mat.18:3) y “De cierto de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn.3:3). Fíjese en las palabras “no entraréis” y “no puede ver”. Es en vano pensar al contrario e imaginarse que en alguna manera Dios salvará a los inconversos, porque tal cosa nunca sucederá.

LA PRUEBA DEL PRINCIPIO

Esta es entonces la posición: Dios, el gran dador de la ley, no toma placer en la muerte del impío, preferiría que se volvieran y vivieran. No obstante ha determinado que ninguno vivirá excepto aquellos que se vuelvan. Como un juez justo, se deleita en la justicia y en la demostración de su odio hacia el pecado; aunque la miseria, la cual los pecadores han traído sobre sí mismos, no le da a El ningún placer. Todo esto puede ser comprobado en cinco maneras.

Primero, la Biblia deja claro que Dios es maravillosamente misericordioso. Habla del Señor como: “Misericordioso, piadoso; tardo para la ira y grande en benignidad y verdad; que guarda la misericordia a millares, y que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado...” (Ex.34:6-7). La misma cosa es señalada muchas veces en la Biblia y esto debería asegurarle de que Dios no tiene placer en su condenación.

Segundo, si Dios tomara más placer en su condenación que en su conversión, El no le habría mandado tantas veces en su palabra a volverse, ni habría dado tantos motivos para persuadirle, ni le habría hecho tantas promesas de vida eterna si se volviera.

Tercero, si Dios tomara más placer en su condenación que en su conversión, nunca habría comisionado a los ministros del Evangelio a recordarle de sus pecados, a advertirle de su peligro, a ofrecerle la misericordia divina y a enseñarle el camino de la vida; y a continuar haciéndolo aún cuando son odiados y se abusa de ellos por las mismas personas a quienes tratan de ayudar. ¿Habría hecho Dios todo esto si su placer fuera condenarle?

Cuarto, esto es demostrado por la misericordiosa providencia de Dios. Si Dios hubiera preferido que usted fuera condenado en lugar de convertido y salvado, El no habría respaldado su Palabra con sus obras. No le habría dado todas las providencias cotidianas en esta vida, las cuales tienen el propósito de encaminar su corazón hacia El. La Biblia pregunta directamente:

"¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, y paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía a arrepentimiento?" (Rom.2:4) El no habría tratado de despertarle castigándole en diferentes ocasiones. El no le habría esperado pacientemente día tras día y año tras año. Estas no son las acciones de alguien que tiene placer en su muerte. Si esto hubiera sido el caso, Dios fácilmente podría haberle arrojado al infierno ya desde hace mucho tiempo. ¿Cuántas veces le pudiera haber arrebatado en medio de sus pecados? Cuando estabas mintiendo, o siendo arrogante o deshonesto o burlándote de los caminos de Dios, ¿Cuán fácilmente podría haber detenido tu aliento y haberte despertado en la eternidad! Cuán fácil es para el todopoderoso atar las manos del mas malicioso perseguidor, y terminar con la furia de sus enemigos mas encarnizados y hacerles saber que son gusanos. Dios solamente tiene que fruncir el ceño y usted caerá en su sepulcro. Si fuera a mandar a sus ángeles a salir y destruir diez mil pecadores, esto sería hecho en un momento. Cuán fácilmente podría Dios sacudirlo con dolor y enfermedad y hacerle comer las palabras que usted ha dicho contra su Palabra, su adoración y sus obras. Entonces usted clamaría por las oraciones de aquellos que antes despreciaba. Cuán fácilmente podría hacer que su cuerpo ya no soportara a su alma, cuán fácilmente podría reducir a la nada su cuerpo, el cual solo quiere satisfacerse aunque ello signifique desobedecer a Dios. Cuando usted estaba en su peor condición, defendiendo su pecado y discutiendo con aquellos que le rogaban para que lo dejara, cuán fácilmente podría haberle arrebatado Dios a la eternidad para enfrentarse con El en juicio. En ese momento Dios le hubiera preguntado: "Ahora, ¿Qué puede decir usted contra su creador, su verdad, sus siervos o sus santos caminos? ¿Cuál es el mejor caso que puede presentar para defenderse? ¿Cuál pretexto puede dar por sus pecados? Dé cuenta de sus pecados, del uso de su tiempo y de su abuso de mis misericordias". Si Dios hubiera hecho todo esto, su obstinado corazón se habría derretido, su orgullo se habría despedazado, y sus arrogantes palabras se habrían convertido en absoluto silencio o en temerosos gritos. Y cuán fácilmente podría hacer esto Dios ahora o en cualquier momento. Una sola palabra de su boca y todos sus facultades presentes se perderían.

Pero Dios no ha hecho nada de esto; al contrario, le ha sostenido paciente y misericordiosamente. Día tras día le ha dado cada respiración que usted usa para vivir una vida impía. Le ha dado misericordias las cuales usted ha usado para satisfacer sus deseos pecaminosos. Le ha dado provisiones las cuales usted ha usado para satisfacer su propia codicia. Le ha dado cada minuto de tiempo que usted ha desperdiciado en la flojera y la mundanidad. ¿No le enseñan toda esta paciencia, misericordia y provisión, que Dios no toma placer en su condenación? ¿Puede una vela arder sin cera? ¿Puede una casa mantenerse si la tierra no la sostiene? Tampoco puede usted vivir ni una sola hora sin el apoyo de Dios. ¿Y porqué le ha sostenido tanto tiempo, si no es para ver cuando usted se despertará y se volverá a El para recibir vida eterna? ¿Podría alguien armar a sus enemigos, o darles luz a aquellos que van a asesinar a sus hijos, o ayudar a un empleado a jugar o dormirse cuando debería estar trabajando? Seguramente, la razón por la cual Dios ha sido tan paciente para con usted, es para darle una oportunidad para volverse a El y vivir.

Quinto, el sufrimiento y la muerte de su Hijo Jesucristo, es prueba de que Dios no tiene placer en la muerte de los impíos. ¿Habría venido a la tierra y la divinidad hubiese tomado cuerpo de carne, habría vivido una vida de sufrimiento y muerto entonces en lugar de los pecadores, llevando el juicio de sus pecados, si prefiriera su condenación? En Marcos 1:34 nos dice que "sanó a muchos que estaban enfermos de diversas enfermedades" y en Lucas 6:12 dice que "pasó la noche

orando a Dios”, también en Lucas 22:44, “que oraba más intensamente y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra”. Después de una vida de servicio, fue muerto en lugar de otros, llevando el castigo el cual ellos merecieron.

¿Son éstos los actos de alguien que se deleita en la muerte de los impíos? Todo esto lo hizo a favor de los pecadores. Su sacrificio es suficiente para todos los pecadores, y usted es un pecador. Sin embargo, nunca fue su intención salvar a los que no se volvieron a El con arrepentimiento y fe. Una y otra vez expresó su tristeza por la desobediencia e incredulidad de los hombres. Cuando fue a Jerusalén por última vez lloró sobre la ciudad y clamó, “¡Jerusalén, Jerusalén que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste” (Mat.23:37). Aún cuando estaba muriendo en la cruz oró por sus perseguidores, “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Luc.23:34). ¿Son éstas las palabras de alguien cuyo deseo más grande es la muerte de los impíos, aún aquellos que perecen por su obstinada incredulidad? Cuando leemos, “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en el cree, no se pierda mas tenga vida eterna” (Jn.3:16), tenemos toda la evidencia necesaria de que Dios no toma placer de la muerte de los impíos, sino que desea que se vuelvan a El y vivan.

5. *EL JURAMENTO DE DIOS*

La pura Palabra de Dios ha de ser suficiente como para convencer a los hombres de su verdad, pero tal es la depravación del corazón humano, que están dispuestos a discutir con lo que Dios ha dicho, aún respecto a los asuntos que conciernen a su propio destino eterno. Es este punto que nos conduce al cuarto principio contenido en el mensaje divino a Ezequiel: Dios se ocupa tanto de que los hombres no cuestionen estas verdades que las confirma solemnemente con un juramento.

Si usted se atreve a cuestionar la Palabra de Dios espero que no se atreva a cuestionar su juramento. De la misma manera que Jesús dijo solemnemente, “De cierto os digo, que si no os volviereis, y fuereis como niños no entraréis en el reino de los cielos” (Mat.18:3) y “De cierto de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn.3:3). Así Dios no solo ha dicho que no tiene placer en la muerte de los impíos sino que lo ha confirmado con un juramento. La Biblia lo expresa en la siguiente manera: “Cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo, diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente. Y habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa. Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación. Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros.” (Heb.6:13- 18). Esto debería poner fin a todos los argumentos humanos acerca de la predestinación, o acerca de si Dios realmente condena al infierno a los impíos. Estos argumentos sirven simplemente para demostrar la ignorancia de los hombres, mientras que el hecho de que Dios confirme sus intenciones por un juramento, no deja lugar para ninguna duda.

¿QUIÉN QUIERE QUE USTED SEA PERDIDO?

Si usted es un pecador inconverso le ruego que piense cuidadosamente en estas cosas y se pregunte a sí mismo lo siguiente: “¿Quién toma placer en mi pecado y en mi condenación?” Seguramente que no es Dios. El dice y El jura que no tiene placer en ello. Y de todas maneras, ciertamente usted no está tratando de agradar a Dios, no se atrevería a decir que miente, roba, engaña o que es orgulloso e inmoral, o negligente en asistir al templo, leer la Biblia y orar todo a fin de agradar a Dios. Esto sería, por ejemplo como rebelarse contra un rey y afirmar que lo estábamos haciendo para agradarle.

Entonces, ¿Quién tiene placer en su pecado y en su condenación? Ciertamente que no son los creyentes. No les da ningún placer a los ministros fieles del evangelio, ni a sus amigos cristianos verle a usted sirviendo al diablo y corriendo a toda velocidad hacia el infierno. No les causa placer alguno ver tanta ceguera, descuido, obstinación y presunción, ni tampoco verle determinado a continuar en sus caminos pecaminosos y a resistir sus apelaciones para que cambie. Ellos saben que usted está bajo el justo juicio de Dios y que esto terminará en un desastre eterno. No les da más placer que el que experimenta el doctor que se da cuenta que su paciente ha contraído una enfermedad mortal. Les da tristeza el hecho de que usted va rumbo al infierno y que aparentemente, ellos no pueden detenerle. Les hiere saber cuán fácilmente podría usted escapar si usted quisiera. Nosotros que somos creyentes, haríamos cualquier cosa para salvarle. Aquellos que son predicadores del evangelio estudian día y noche, para saber qué decir, para convencerle y persuadirle. Le enseñamos muchos textos de la Palabra de Dios, los cuales dejan bien claro que a menos que sea convertido no puede ser salvo. Esperamos que si usted no quiere creernos a nosotros, por lo menos creerá lo que Dios dice, y aún así usted rehusa hacer cualquier cosa respecto a su salvación.

LA ORACION DEL PREDICADOR

Pero también hacemos algo acerca de lo cual usted no sabe nada, agonizamos por usted en oración. En ocasiones le decimos a Dios: Les hemos hablado en tu nombre, les hemos dicho lo que tu nos mandaste decirles, les hemos advertido acerca de los peligros de ser inconversos, les hemos repetido tus palabras: “No hay paz para los impíos” (Isa.57:21), pero aún los peores de ellos no quieren ni siquiera admitir que son impíos. Les hemos recordado que si “vives conforme a la carne moriréis” (Rom.8:13). Ellos profesan creer en tí, pero siguen viviendo en una forma que demuestra que están dispuestos a ignorar tus advertencias con la esperanza de que tu no condenarás a nadie. Ellos rehusan creer que: “Cuando muere el hombre impío, perece su esperanza; y la expectación de los malos perecerá” (Prov.11:7).

Les decimos cuán vil y cuán vano es el pecado, pero ellos lo aman y rehusan dejarlo. Les advertimos que pagarán por sus pecados con el castigo eterno y la muerte eterna, pero rehusan creerlo y están preparados a arriesgarse contando con que tu serás misericordioso. Les decimos cuán dispuesto estás para recibirles y esto solo les hace alargar más el volverse a tí. Les rogamos, les exhortamos, les ofrecemos nuestra ayuda, pero no podemos lograr nada con ellos. Los borrachos permanecen como borrachos, los ignorantes permanecen en su ignorancia, los orgullosos en su orgullo, los inmorales en su inmoralidad, y los egoístas en su egoísmo. Muy pocos están dispuestos a reconocer su pecado, y aún menos están dispuestos a dejarlo; parecen estar contentos con el hecho de que todos los hombres sean pecadores, como si no existiera diferencia entre el pecador convertido y el que permanece inconverso.

Algunos ni siquiera nos escucharán; piensan que ya saben todo lo que necesitan saber; algunos nos escuchan, pero después no hacen caso de todo lo

que les decimos y siguen haciendo lo que les gusta. Algunos no tienen más sensibilidad que un cadáver, cuando les hablamos acerca de las cosas que les afectarán para toda la eternidad, parece que no son impactados ni por una sola palabra.

Cuando nosotros rehusamos juntarnos con ellos en sus actividades pecaminosas, nos odian y nos critican. Si les exhortamos a que confiesen y que abandonen sus pecados para ser salvos, ellos de plano se niegan. Ellos quieren que nosotros desobedezcamos a Dios y condenemos nuestras almas para agradarles, pero ellos no se volverán para salvar sus almas y agradar a Dios. Ellos piensan que son más sabios que sus maestros, y nada de lo que hacemos parece afectarles en sus malos caminos. Señor, somos incapaces; vemos a la gente lista para caer en el infierno sin poder detenerlos. Sabemos que si sinceramente se volvieran de sus pecados serían salvos, pero no podemos persuadirlos, ni siquiera cuando nos arrodillamos con lágrimas rogándoles que lo hagan. ¿Qué más podemos hacer?

Así es como los verdaderos predicadores del evangelio se sienten. ¿Alguna vez se dio cuenta de esto? ¿Piensa usted que se deleitan al ver que los pecadores persisten en sus pecados, y que felizmente se apresuran hacia el infierno? ¿Piensa usted que ellos disfrutan el hecho de no poder detenerle? Ellos saben el sufrimiento eterno que le espera a usted y cual gozo eterno está desechando usted deliberadamente. No hay nada que les pudiera herir más, les duele profundamente verle en tal estado. Quebrantan sus corazones aunque a usted no le preocupe en lo más mínimo.

SATANAS Y EL "YO"

Por supuesto hay alguien que toma placer en su pecado y es el diablo. Después de todo, el propósito de las tentaciones del diablo es guiarle al pecado y arrastrarlo hacia su propia destrucción. Nada le gustaría más que el hecho de que usted continuará pecando. El ama que usted sea orgulloso, impuro, avaro, mentiroso, ladrón, o cuando usted maldice o comete cualquier otro pecado. Pero no solo se pone feliz al verle pecando, sino también los impíos se ponen felices, porque les hace sentirse contentos en sus propios pecados.

Pero usted no está pecando para agradarle al diablo ni a otros pecadores; más bien, usted peca para agradar su propia naturaleza pecaminosa. ¡Este es su enemigo más peligroso! Es su propia naturaleza pecaminosa que exige ser engordada, y que insiste en que sus propias demandas sean cumplidas, en la comida que come, en la ropa que viste, en sus acompañantes y en todo lo que usted piensa, dice o hace. Es su naturaleza pecaminosa que siempre está exigiendo atención, y que siempre insiste en ser satisfecha. Este es el "dios" al que usted sirve, y que devorará todo lo que usted le dé.

Déjeme hacerle algunas preguntas acerca de esto: Primero, ¿Es correcto servir a su naturaleza pecaminosa más que a su creador? ¿Le hace feliz desagradar a Dios a fin de satisfacer sus propios deseos egoístas? ¿No es digno Dios de ser su dueño? Entonces recuerde, que si Dios no le rige, tampoco le salvará.

Segundo, aunque su naturaleza pecaminosa esté contenta con su pecado, ¿Está contenta su conciencia? ¿No le recuerda a veces, que las cosas no son como debieran ser, y que algún día habrá un precio que pagar? ¿Le es más importante silenciar su conciencia que satisfacer su naturaleza pecaminosa?

Tercero, ¿Nunca se ha percatado de que su naturaleza pecaminosa está cavando su propio sepulcro? Ella ama todas las "cosas buenas": Comida, bebida, flojera, diversión, riquezas, popularidad, orgullo de posición y posesiones; pero ¿Ama lo que sucede al fin de una vida impía? ¿Ama la idea de estar en pie ante

Dios en el día del juicio y ser condenado al fuego eterno? ¿Le deleita el ser atormentado con los demonios para siempre? Recuerde que el pecado y el infierno solo pueden ser separados por la conversión verdadera. Si a usted le gusta la idea del castigo en el infierno, entonces no es sorprendente que quiera seguir pecando. Pero si no, (y estoy seguro que así es su caso) ¿Vale cualquier pecado la pérdida de la vida eterna? ¿Compensa un poco de placer, de flojera o de autosatisfacción la pérdida del cielo? ¿Tienen más valor las posesiones terrenales que las riquezas celestiales y eternas? ¿Recompensarán ellas los sufrimientos del fuego eterno? Piense acerca de estas cosas antes de seguir adelante.

Déjeme decirlo una vez más: Dios jura que no tiene placer en su muerte y en su condenación, más bien prefiere que se vuelva y viva. Si usted prefiere morir que volverse, recuerde que lo quiere así, no por agradar a Dios, sino para agradarse a sí mismo. Si usted se condenará a sí mismo, con el fin de agradarse a sí mismo, si toma placer en correr a toda velocidad hacia el infierno y rehusa responder al Dios que anhela rescatarle, entonces usted sufrirá las consecuencias. Se despertará algún día, pero para entonces ya será demasiado tarde.

6. *EL INTERES CONTINUO DE DIOS*

El hecho de que Dios jure que no tiene placer en la condenación de los impíos, es una indicación poderosa de su verdad, pero Dios va aún más allá en este quinto principio: Dios está tan deseoso de la conversión de los pecadores, que repite y enfatiza su llamamiento a ellos, para que se vuelvan y vivan.

A la luz de lo que ya hemos visto, ¿Quién pudiera posiblemente dudar que es el gran deseo de Dios que los impíos se vuelvan a El y vivan? En este capítulo quiero que usted vea algo de la sinceridad con la que Dios anhela esto. Esto es obvio por la manera en la cual El repite su exhortación: “Volveos, volveos de vuestros malos caminos” (Ez.33:11). ¿Como puede usted rehusar escuchar al todopoderoso cuando habla así? Si Dios le dijera que usted moriría mañana, ¿Lo trataría a la ligera? Sin embargo, aquí está algo igualmente serio porque trata con su destino eterno. Es tanto un mandamiento como una exhortación. Es como si Dios le estuviera diciendo: “Como su creador, le ordeno a renunciar al mundo, la carne y el diablo, y se vuelva a mí; pero como uno que se interesa tiernamente acerca de su bienestar eterno, le ruego que se vuelva a fin de escapar del temible resultado de su pecado”. ¿Cómo puede alguien rechazar un mensaje como éste, tal clase de mandamiento y ruego?

Aquí, más allá de cualquier duda, es el más gozoso mensaje que alguien jamás haya escuchado: “Volveos, volveos... ¿Porqué moriréis? (Ez.33:11). Usted no está todavía irremediabilmente condenado; todavía puede escaparse del infierno. Aquí está la oferta divina de misericordia, perdón y vida eterna. Vuélvase a El y todas estas cosas serán suyas. Seguramente, usted debería ser abrumado con gozo al escuchar tales noticias. Puede ser que usted haya escuchado el evangelio antes, pero ¿Cómo ha respondido a él? y ¿Cómo responde usted ahora? A cada pecador negligente e ignorante en el mundo Dios dice, “Volveos y vivirán”. A cada glotón, a cada borracho, a cada mentiroso en el mundo, Dios dice: “Volveos y vivirán”. A aquél que profesa falsamente ser cristiano, pero no sabe nada del poder de la cruz y la resurrección de Cristo, Dios dice: “Volveos y vivirán”. A todos aquellos que no saben nada del amor de Dios, cuyos corazones no están ocupados con El, quienes se preocupan más por la tierra que por el cielo, quienes tratan de agradar a Dios con una poca de religiosidad, y nunca han estado dispuestos a abandonar todo por Cristo, Dios dice: “Volveos y

vivirán”. Si usted nunca ha escuchado estas cosas hasta que leyó este libro, recuerde que ahora las ha escuchado. Si se volviera a Dios por medio de la fe en Cristo, recibirá vida eterna; y si no se vuelve será condenado para siempre.

¿Qué hará? ¿Se volverá o no? “¿Hasta cuando claudicaréis vosotros entre dos pensamientos?” (1 Rey.18:21). Si Dios es Dios, entonces vuélvase a El y sírvale, si su naturaleza pecaminosa es su “dios”, entonces siga adelante tal como va. Si el cielo es mejor que la tierra, entonces debe volverse hacia esa dirección y comenzar a “haceros tesoros en el cielo, donde la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan” (Mat.6:20). Busque entrar a aquel reino “incomovible” (Heb.12:28) y empiece a vivir en un plano más alto. Pero si usted piensa que la tierra es mejor que el cielo, o que le hará más bien, o que durará más que durará más tiempo, entonces consérvela y haga de ella lo que mejor pueda. Pero al hacerlo, estará cometiendo un error temible y fatal. Déjeme darle tres razones más que le ayudarán decidirse.

PIENSELO PROFUNDAMENTE

Primero, piense en todo lo que Dios en su misericordia ha hecho para que la salvación estuviera disponible para usted; y entonces piense qué tan trágico es que después de todo el hombre sea condenado. Hubo un tiempo (inmediatamente después de la caída de Adán y Eva) cuando no existía ningún camino para volverse a Dios. La Biblia dice que había “una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de vida” (Gen.3:24). Si las cosas hubieran permanecido así, no habría nada que ninguna persona pudiera hacer para que sus pecados fueran perdonados y fuera reconciliado con Dios. Pero Cristo cambió todo esto. Lo hizo muriendo en la cruz en el lugar de pecadores, llevando en su propio cuerpo y espíritu el castigo, el cual el pecado humano exigía y mereció. En las palabras de la Biblia, “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Cor.5:19). Ahora, El ofrece perdón de pecados a todos los que acepten su oferta. En una ocasión Jesús dijo que su oferta era como la invitación a un banquete, cuando el anfitrión dijo, “venid, que ya todo está preparado”. (Luc.14:17) Dios está listo a recibirle y a perdonar todos sus pecados si usted viene. No importa cuán pecaminoso y obstinado usted haya sido, Dios echará todos sus pecados a Su espalda, si usted viene. Si usted ha huido deliberadamente de Dios, El está dispuesto a encontrarse con usted, abrazarle y a regocijarse en su conversión, si usted viene. Dios está dispuesto a dar la bienvenida a los pecadores más viles, si vienen. Si esto no le conmueve, usted debe tener un corazón de piedra. El Dios eterno y todopoderoso, a quien usted ha abusado y descuidado tanto tiempo, y quien sería perfectamente justo en condenarle para siempre, está de pie con sus brazos abiertos para recibirle y perdonarle. ¿No se derrite su corazón con esto? ¿No tiene usted más motivos para venir que los que Dios tiene para invitarle?

Pero esto no es todo. Cristo murió en la cruz para hacer un camino para que usted viniera al Padre; entonces en base a su muerte, usted sería bienvenido si acudiera. ¿Todavía no está dispuesto? Cada ministro verdadero del Evangelio está listo para ayudarle, para enseñarle, para orar por usted. ¿Todavía no está listo? Cada creyente verdadero está listo a regocijarse en su conversión y a recibirle en el compañerismo del pueblo de Dios. Como Dios le perdonará, ellos también le perdonarán al ver que su vida cambiada demuestra la realidad de su conversión. Puesto que Dios no le inculpará de ningún pecado, ellos tampoco lo harán. Al contrario, ellos están dispuestos a recibirle con sus brazos abiertos. ¿Todavía no está listo? Aún más, el cielo mismo está listo. Dios le recibirá en la gloria eterna con todo su pueblo. No importa cuán vil usted haya sido, puede

tener un lugar delante de su trono. Solo piénselo. Dios está listo, el sacrificio de Cristo está listo, las promesas del evangelio están listas, el perdón gratuito de Dios está listo, el pueblo de Dios está listo, el cielo mismo está listo; todos están listos y esperando que usted sea convertido. ¿No está listo todavía?

¿No está listo a vivir cuando ha estado muerto espiritualmente tanto tiempo? ¿No está dispuesto a volver en sí, cuando ha estado fuera de sí tanto tiempo? ¿No está dispuesto a ser salvo cuando ha estado al borde de ser condenado? ¿No está dispuesto a echar mano de Cristo quien podría salvarle, cuando usted se está hundiendo hacia la perdición? ¿No está dispuesto a ser rescatado del infierno, cuando está preparado para que usted sea arrojado a él? ¿No entiende usted lo que está haciendo? Si usted muere inconverso, ciertamente será condenado, y no hay ninguna garantía de que usted vivirá otra hora. ¿Todavía no está dispuesto a volverse a Dios? Si así es el caso, ¡Cuán miserable y desgraciado es usted! ¿No le ha servido al diablo lo suficiente? ¿No ha tenido lo suficiente del pecado? ¿Acaso el pecado está resultando tan provechoso para usted? ¿Sabe usted lo que el pecado realmente es, y esto le impulsa a buscar más de él? Dios le ha dado tantas misericordias, tantos ejemplos, tantas advertencias, y le ha hablado tantas veces, y ¿Todavía no está dispuesto a volverse a El? ¿Ha visto tantos amigos y miembros de su familia tendidos en su sepulcro, y ¿todavía no está listo a venir a Cristo? Después de tantas convicciones y punzadas de conciencia, tantas buenas resoluciones, tantas promesas de mejorarse, ¿Todavía no está dispuesto a volverse a Dios de todo corazón? ¡Oh que Dios abriera sus ojos y su corazón, para que usted comprendiera que tipo de invitación le está extendiendo, “venid que ya todo está preparado”! (Luc.14:17)

LAS VOCES DE DIOS

Segundo, piense en cuántas veces ha sido ya llamado; y recuerde que El que le llama es el Señor soberano del universo. Dios manda salir al sol, y hace exactamente como El le ordena. El manda a cada planeta y cada estrella en el cielo a que le obedezcan y lo hacen. El manda a la marea del mar y toda la creación a guardar su curso, y todos le obedecen. Los ángeles son todos “espíritus ministradores” (Heb.1:14) que cumplen cada una de sus órdenes. Pero cuando El manda a los hombres pecadores que se vuelvan, ellos rehusan obedecerle. El pecador piensa que es más sabio que Dios. Discute a favor de permanecer en sus pecados y rehusa obedecer a Dios. ¡Piense en ello! Dios solo tiene que hablar la palabra y los cielos mismos le obedecen, pero cuando llama al pecador a que se niegue a sí mismo, que mortifique su naturaleza pecaminosa y que ponga su corazón en una nueva dirección, se rehusa.

Aquí le presento una prueba confiable acerca de si usted es verdaderamente convertido o no: Jesús dijo: “Yo soy el buen pastor; conozco mis ovejas, y las mías me conocen” y “mis ovejas oyen mi voz” (Jn.10:14,27). ¿Reconoce usted la voz de Dios que le llama al arrepentimiento y la fe? Si así es, recuerde que con Dios no se juega. ¿Está decidido a continuar menospreciando su palabra, resistiendo a su Espíritu y tapando sus oídos a su llamamiento? Entonces, ¿Quién piensa usted que terminará peor? ¿No se da cuenta con quien está discutiendo y a quién está desobedeciendo? ¿No sabe usted lo que está haciendo? Le sería más fácil caminar sobre espinas con los pies descalzos, o meter su cabeza en un horno de fuego. La Biblia advierte: “No os engaños, Dios no puede ser burlado” (Gál.6:7). Cualquier otra persona puede ser burlada pero Dios no. Para usted sería mejor jugar con fuego en su casa, que jugar con el fuego del santo enojo de Dios contra el pecado, porque “nuestro Dios es fuego consumidor”. (Heb.12:29)

La Biblia dice, “Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo” (Heb.10:31) y por lo tanto es igualmente temible discutir con El o resistirle. Dios dice que un hombre peleando en su contra es como cardos y espinos peleando contra el fuego:

“¿Quién pondrá contra mí en batalla espinos y cardos? Yo los hollaré, los quemaré a una. ¿O forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz; sí, haga paz conmigo.” (Isaías 27:4-5) Los espinos y los cardos no pueden con el fuego, y el pecador no puede con Dios.

¿Alguna vez ha pensado qué tan frecuente Dios lo ha llamado y cuántos medios ha usado? Cada página de la Biblia es como una voz llamándole, “¡Vuélvase o morirá! ¡Vuélvase y vivirá!” ¿Puede usted leer una sola página de la Escritura y no darse cuenta de que Dios le está llamando a vivir? Cada sermón evangelístico que usted ha escuchado le llamó a volverse; el propósito entero de la verdadera predicación evangélica es para llamar, persuadir, y para exhortar a los pecadores a volverse a Cristo. El Espíritu Santo le impulsa a volverse y le ha hablado de muchas maneras. Su propia conciencia le ha hablado. ¿No está a veces consciente de que no todo está bien con su propia alma? ¿No le dice su propia conciencia de vez en cuando, que usted necesita cambiar? Las vidas de los creyentes piadosos le llaman a volverse. La santidad de sus vidas reprende su pecado y le llama a volverse a Dios. Todas las obras de Dios le llaman a volverse. Es como si fueran libros enseñándole la grandeza, la sabiduría y la misericordia de Dios. La Biblia dice:

“Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. Un día emite sabiduría. No hay lenguaje ni palabras donde su voz no sea oída” (Sal.19:1- 3) Cada vez que el sol sale, es como si estuviera diciendo: “¿Porqué recorro al mundo, exepcto para enseñarles a los hombres la gloria de su creador y darles luz para que hagan su voluntad? ¿Y todavía les encuentro viviendo en las tinieblas del pecado, dormidos y desperdiciando su vida en negligencia? Por lo cual dice: “Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo”.(Efesios 5:14)

Un texto similar de la Biblia fue el que condujo a la conversión a Agustín, uno de los cristianos más famosos de la historia: “La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidias, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (Rom.13:12- 14). Todas las misericordias de Dios le llaman a que se vuelva a El. ¿Porqué le sustenta la tierra, sino es con el fin de que busque y sirva a Dios? ¿Porqué el aire le da aliento sino es para que le sirva? ¿Porqué las demás criaturas le brindan el beneficio de sus labores y sus vidas, sino es a fin de que sirva a Dios? ¿Porqué Dios le da tiempo, salud y fuerza si no es para que le sirva? ¿Porqué posee bebida, comida y ropa, si no es para lo mismo? Todas estas cosas son dones gratuitos de Dios para usted y es razonable que usted considere quién se las otorga y porque lo hace.

Dios le ha preservado en esta vida año tras año y usted todavía no se vuelve a El. ¿No le avergüenza esto? En una ocasión, Jesús dijo una parábola de una higuera estéril que no dio fruto por tres años consecutivos. Y El mandó a una de sus obreros a que la cortara, pero el hortelano le pidió que esperara un año más, y que si para entonces no daba fruto la cortara. La lección es obvia y muy seria. ¿Por cuántos años ha esperado Dios los frutos de la santidad en su

vida y todavía no hay ninguno? ¿En cuántas ocasiones, cuando usted estaba deliberadamente viviendo en forma descuidada y desobediente, Dios podría haberle cortado ya? Sin embargo, en su misericordia ha sido paciente y lo ha preservado. Si usted tuviera el más mínimo entendimiento de esto, se percataría que la paciencia y la misericordia divina le llaman a volverse: “Y piensas esto, oh hombre... que tu escaparás del juicio de Dios? ¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?” (Rom.2:3-4).

Y de seguro cada aflicción que usted experimenta le motiva a volverse a Dios. La enfermedad y el dolor claman, ¡Vuélvase! La pobreza, la muerte de amigos y cada experiencia dolorosa claman, ¡Vuélvase! De seguro estas cosas le han hecho pensar ¿No le harán volverse? Su propio cuerpo y su propio ser le llaman a volverse a Dios. ¿Porqué tiene la capacidad de razonar y entender sino es para saber y entender la voluntad de Dios? ¿Porqué tiene un corazón con la capacidad de amar, temer, y desear, sino es para amar, desear y temer a Dios más que todas las cosas?

Considere todas estas cosas en su conjunto, y vea a qué le conducen. La Biblia, el Espíritu Santo, el Evangelio, los predicadores, los amigos cristianos, toda la creación, la paciencia, las misericordias y las aflicciones divinas, y también su propia naturaleza humana con sus capacidades de entendimiento y emoción; todas claman a sus oídos, “¡Vuélvase a Dios!” Y ¿Todavía no está decidido a hacerlo?

Tercero, ¿Acaso nunca ha pensado seriamente acerca de su relación con el Dios que le llama a volverse a El? Usted le debe todo lo que es y todo lo que posee, ¿No tiene El el derecho de exigir su obediencia? Usted es su siervo y no debería servir a ningún otro señor. Usted está a la merced de Dios y su vida está en Sus manos. Usted ya está bajo la ira de Dios a causa de sus pecados, y no tiene ninguna idea de cuánto tiempo más continuará su paciencia para con usted. Quizás este pudiera ser su último año o quizás su último día. Su espada está apuntándole al corazón mientras que El le está hablando, y si usted no se vuelve, está muerto y sin esperanza. Si usted pudiera ver que está al borde de caer en el infierno, y si pudiera ver cuántos millones ya están allí, ¿Se daría cuenta de que ya es tiempo de actuar? ¿Cómo le afecta el llamado de Dios? Usted ya sabe que El anhela que se vuelva y le llama para que lo haga. Es una cosa temible si esto no le conmueve, o si solo le conmueve un poco. Y es una cosa aún más temible no hacer caso de la advertencia divina y tornarse más descuidado.

Cuán buenas nuevas serían para aquellos que ya están en el infierno si fueran a escuchar tal mensaje de Dios. Y cuál bienvenida le daría usted si hubiera estado en el infierno tan sólo una hora. O si usted hubiera estado ahí mil años, o diez mil años, anhelaría escuchar la voz de Dios invitándole a volverse a El, pero para entonces ya será demasiado tarde, y no obstante aquí y ahora, Dios le ofrece el perdón de sus pecados y la vida eterna. Es como si Cristo estuviera frente a usted con el cielo a un lado y el infierno al otro, dándole a escoger. Entonces, ¿Cuál escogería? Con una voz de infinito amor y compasión le dice: “Vuélvase y viva”, y le hace la pregunta ¿Porqué quiere morir? El sabe exactamente cuál es su condición actual y sabe qué le sucederá si usted rehusa volverse. Sabe que si usted no se vuelve tendrá que vérselas con su justicia y su santa ley, y es por eso que le llama a volverse. Si usted supiera una milésima parte de lo que Dios sabe acerca de su peligro y la miseria hacia la cual avanza, no tendría que escribir ni una sola palabra más para persuadirle. Y aún más, la voz que le llama ahora, es la misma a la cual millones ya han respondido. Todos

los que ya están ahora en el cielo, escucharon la misma voz, y ninguno de ellos lamenta haberse convertido, ninguno de ellos desearía haber sido negligente al llamado de Dios. Todos ellos saben que la voz que oyeron fue la voz de amor llamándoles a la salvación eterna, y si usted obedece la misma voz, algún día se reunirá con ellos en su felicidad. Hay millones que lamentarán para siempre que no se volvieron a Dios cuando pudieron, pero no hay ninguna alma en el cielo que se arrepienta de ello.

¿Qué más puedo decir? ¿Qué hará? ¿Se volverá a Dios o no? Diga su respuesta a Dios. Dígaselo claramente para que El no tome su silencio como un rechazo, y dígaselo pronto antes de que El retire su llamamiento. Antes de que se mueva de su lugar, determine que por la gracia de Dios, usted se volverá de sus caminos pecaminosos y entregará su vida a El. ¡Hágalo mientras pueda! Todavía no está en el infierno, ni tampoco en la terrible condición de aquellos que no saben nada del Evangelio. La vida eterna le está siendo ofrecida como un don gratuito, si solo lo aceptase. Dios le ofrece el perdón de sus pecados y el poder de Cristo que le ayudará a vivir una vida santa. Si usted no dice nada, o si dice que ¡No!, entonces tanto Dios como su propia conciencia serán testigos de que recibió una justa y generosa oferta. Si la rehusa, recuerde que pudo haber tenido el perdón de sus pecados, la vida eterna y la ayuda cotidiana de Cristo para servir a Dios, pero que usted perdió todas estas cosas porque se negó a volverse. ¿Cuál razón o motivo podrá dar para justificarse?

7. LA CONDESCENDENCIA ASOMBROSA DE DIOS

Los últimos dos capítulos nos han mostrado que Dios enfatiza su interés en la salvación de los hombres con un juramento y repitiendo su invitación a los pecadores para que se vuelvan a El y vivan. Estas dos verdades deberían humillarnos y asombrarnos, pero no son tan asombrosas como el sexto principio al cual quiero llamar su atención: Dios condesciende a razonar el caso con los impíos y les pregunta: “¿Porqué moriréis”?

Aquí están dos factores, ambos tan extraordinarios que casi son increíbles. El primero es que los hombres preferirían destruirse a sí mismos antes que volverse a Dios; el segundo es que, un Dios santo estaría dispuesto a “discutir” el asunto con los pecadores impíos e inconversos.

EL DESEO DE MORIR

Piense en el primer punto. Ciertamente es asombroso que alguien prefiera morir y ser condenado; pero lo es más, el que la mayoría de gente en el mundo lo prefiera. La naturaleza nos enseña que todos procuran su propia preservación y felicidad. Puesto que los impíos son más egoístas que otros, seguramente estarían más decididos que otros a no ser condenados. Parecería que así fuera el caso, pero la verdad del asunto es que, aunque el pecador no quiere ser condenado eternamente, deliberadamente escoge vivir en una manera la cual garantiza que esto sucederá. Dios dice respecto a los impíos: “Sus obras son obras de iniquidad... sus pies corren al mal... sus pensamientos, pensamientos de iniquidad; destrucción y quebrantamiento hay en sus caminos. No conocieron camino de paz...” (Isa.59:6-8), y más de una vez declara: “No hay paz para los impíos” (Isa.48:22, 57:21). No obstante, los impíos están decididos a ignorar todo lo que Dios dice y continuar viviendo como siempre. Dios dice que: “La amistad del mundo es enemistad contra Dios” (Stg.4:4) y que si “alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Jn.2:15) Sin embargo, los impíos están decididos a permanecer como impíos, los mundanos a permanecer como

mundanos y los sensuales a permanecer como sensuales. Aunque, no es posible que les guste la idea de pasar la eternidad en el infierno, aman el camino que conduce al infierno.

¿No es cierto esto con respecto a usted? Usted no quiere arder en el infierno, pero quiere vivir en los pecados que encienden sus llamas. Usted no quiere ser atormentado para siempre, pero quiere hacer las cosas que resultarán en ello. Es como si usted fuera a decir, “deseo beber este veneno, pero no quiero morir”, o “quiero arrojarme desde la azotea de un edificio, pero no quiero matarme” o “quiero clavarme un puñal en el corazón, pero no quiero quitarme la vida” o “quiero incendiar mi casa, pero no quiero que se quemé completamente”. Los impíos son igualmente necios; quieren vivir su vida sin Dios, pero no quieren llegar a su fin sin Dios. Pero están ignorando la ley divina de causa y efecto. La persona que toma veneno debería admitir: “quiero matarme”, porque esto es lo que sucederá. Aún si disfrutara el sabor no pensando que fuera veneno, el resultado sería el mismo. En la misma forma, si usted está decidido a ser egoísta, inmoral, deshonesto o mundano, debiera decir: “quiero ser condenado”, porque seguramente lo será a menos que se vuelva a Dios. No condenaría usted la necedad de alguien que dijera, “quiero cometer un crimen, pero rehusó sufrir las consecuencias”, La persona que dice, “quiero seguir viviendo una vida pecaminosa”, debería decir, “quiero ir al infierno”.

Pero también hay otro aspecto de esto, que los impíos deliberadamente rehusan usar los medios de salvación que Dios ha provisto. La persona que rehusa comer debería decir, “rehusó vivir”, a menos que haya encontrado alguna manera para vivir sin comer. La persona que cae en aguas profundas y rehusa recibir ayuda del rescate, debería decir, “quiero ahogarme”. En la misma manera, si usted rehusa escuchar lo que Dios dice, o rehusa usar los medios de salvación que El ha provisto, debería decir, “quiero ser condenado”. Porque si usted ha encontrado un camino para ser salvo sin ser convertido, entonces ha hecho algo que nadie jamás había hecho.

Pero esto no es todo. Los impíos no están dispuestos realmente a experimentar la salvación y todo lo que ella significa. Por ejemplo, aunque pudieran tener algún deseo vago de ir al cielo cuando mueran, en realidad sus corazones se oponen a todo lo que el cielo significa. La Biblia enseña que estar en el cielo es estar en una condición de santidad perfecta y amor y continua alabanza a Dios, y esto no tiene ningún atractivo para los impíos. Aún la adoración imperfecta aquí en la tierra, es algo para lo cual tienen muy poco o no tienen tiempo, mucho menos les atrae la adoración perfecta y eterna del cielo. Los gozos del cielo son tan puros y espirituales que el corazón de los impíos jamás podrán verdaderamente desearlos. Esto es porque Dios dice que los impíos quieren destruirse a sí mismos. Ellos rehusan volverse, aunque tengan que hacerlo o morir.

Antes que ser convertidos, prefieren seguir viviendo una vida la cual está determinada a terminar en la miseria. No obstante, ellos esperan que de alguna manera, finalmente, pasarán la eternidad en una especie de “cielo”.

LA CONDESCENDENCIA DE DIOS

Pero hay un motivo por el cual todo este asunto es muy extraordinario, es que Dios condescendiera tanto como para “discutir” el caso con los pecadores que son tan ciegos y obstinados acerca de algo que debería serles claro, y en el cual su eterno destino está en juego. Cuando Dios envió a uno de sus profetas a predicar a los israelitas, le advirtió acerca de la respuesta que recibiría: “Mas la casa de Israel no te querrá oír, porque no me quiere oír a mí; porque toda la casa de Israel es dura de frente y obstinada de corazón.” (Ez.3:7) Sin embargo, cuando Dios acusa a los pecadores de menospreciarle, ellos se atreven a preguntar:

“¿En qué hemos menospreciado tu nombre?” (Mal.1:6).

¿Porqué está dispuesto Dios a razonar el caso con el hombre? Primero, porque cuando creó al hombre le otorgó la capacidad de razonamiento a fin de que la usara para la gloria de Dios. No hay nada más claro ni más razonable que la oferta de salvación. Dios hace un llamamiento en términos que los hombres pueden entender. Segundo, porque el hombre debería tener la capacidad para ver que Dios no le está pidiendo algo irracional. En todo lo que Dios manda o prohíbe, tiene toda la razón del mundo de su parte, y el hombre, tiene toda las razones para obedecer a Dios y ninguna para desobedecerle. Esto significa que aún aquellos que finalmente se encuentran condenados eternamente, serán forzados a admitir que Dios tenía razón y que debieron haberse vuelto a El. Igualmente se verán forzados a admitir que estaban equivocados y que no tenían ninguna razón para condenarse a sí mismos rehusando la oferta gratuita de salvación de Dios.

Aplice esto a su propio caso. ¿Qué dice? ¿Está dispuesto a discutir con Dios? ¿Es capaz de probar que Dios está equivocado? Dios pregunta, “¿Porqué morirá?” ¿Tiene usted una respuesta para esta pregunta? ¿Tratará de probar que Dios está equivocado y que usted tiene razón? ¡Esto sería una tarea sumamente difícil! Seguramente, uno de los dos tiene razón y el otro está equivocado. Dios está a favor de su conversión y usted en contra de ella. Dios le llama a volverse y usted rehúsa. Dios le llama a hacerlo hoy, ahora; usted lo quiere aplazar pensando que cuenta con mucho tiempo. Dios le dice que tiene que nacer de nuevo y vivir una vida santa; usted piensa que unos cuantos cambios aquí y allá serán suficientes. Ahora, ¿Quién tiene razón, Dios o usted? Dios le llama a volverse a El y a vivir una vida santa y usted rehúsa porque no quiere hacerlo. ¿Porqué no? ¿Puede darme alguna razón digna de llamarse “razón”?

Aunque yo soy solo una criatura tal como usted, me atrevo a desafiarlo en esto, porque estoy seguro de que usted no puede tener ninguna razón válida de su parte. Ninguna razón que es en contra del Dios de verdad y razón, puede ser una razón válida, la luz jamás puede oponerse al sol. Todo conocimiento verdadero viene de Dios y nadie puede ser más sabio que Dios. Sería fatalmente presuntuoso, si el ángel más alto en el cielo fuera a tratar de compararse con su creador; entonces ¿Cómo puede un ignorante hombre, siendo en sí mismo nada más que una masa de tierra, oponerse a la sabiduría de Dios. Es una de las evidencias más claras de la locura espiritual y vileza de los hombres inconversos, el hecho de que se atrevan a contradecir a su hacedor y cuestionar la Palabra de Dios. Hombres que ni siquiera pueden entender las enseñanzas básicas del cristianismo son tan engreídos de su ignorancia, que se atreven a cuestionar las verdades más claras de la Palabra de Dios. Las contradicen, discuten contra ellas, y solo aceptarán aquellas cosas que estén de acuerdo con su propia necia “sabiduría”.

LA FALTA DE RAZON

Es porque yo sé que Dios tiene siempre la razón, que estoy seguro de que ningún hombre puede traer un argumento contra El. ¿Puede un hombre tener alguna razón para quebrantar las leyes de su hacedor o deshonorar su gloria? ¿Puede un hombre tener razón para condenar su propia alma eterna? Recuerde la pregunta: “¿Porqué morirá?” ¿Es la muerte eterna algo digno de ser deseado? ¿Está enamorado del infierno? ¿Cuál razón puede usted dar por perecer deliberadamente? La Biblia dice que, “La paga del pecado es la muerte” (Rom.6:23); ¿Tiene usted una razón para condenarse a sí mismo, cuerpo y alma para siempre?

¡Es una cosa tremenda para un hombre seguir pecando contra Dios y desperdiciar su felicidad eterna, sin poder dar ninguna buena razón para haberlo hecho! Si le fueran a ofrecer un reino por cada pecado que usted quisiera cometer, no sería razonable sino una locura aceptarlo. Si el pecado le pudiera traer las recompensas terrenales más grandes que usted pudiera poseer, aún así, no existiría ninguna buena razón para seguir pecando. Si el pecado fuera a agradar a sus mejores amigos, o salvar su propia vida, o ayudarle a escapar de la más grande miseria terrenal, aún así, no tendría sentido alguno cometer un sólo pecado. En la misma forma, Cristo dijo: “Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de tí; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado en el infierno.” (Mat.5:29) Las cosas eternas son tan importantes, que ninguna cosa terrenal puede compararse con ellas. Ni siquiera las posesiones terrenales más grandes pueden proveer razón suficiente para descuidar un asunto que es de consecuencias eternas. Ningún hombre puede tener una buena razón para arruinar su destino eterno. El cielo es una cosa tan importante que, si se pierde, nada puede sustituirlo. Y el infierno es una cosa tan horrible, que si usted lo experimenta, nada puede acabar con su agonía. En la misma forma, nada puede excusarle por descuidar su propia salvación. Como Jesús lo expresó: “¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo y perdiera su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Mar.8:36-37) Si usted solo fuera a darse cuenta de la verdad de estas cosas, muy pronto llegaría a una opinión distinta de ellas. Si el diablo pudiera alcanzar a los creyentes que ahora están en el cielo y ofrecerles los placeres terrenales para tentarles a alejarse de Dios y su gloria, ¿Cómo cree usted que reaccionarían? Si les fuera a ofrecer hacerles reyes en la tierra, ¿Cree usted que les convencería para que dejasen el cielo? ¡Ciertamente que no!.Rechazarían como ridícula tal proposición. Y si usted pudiera ver el cielo con los ojos de la fe, haría lo mismo. Cada alma en el infierno se da cuenta que fue insensato perder el cielo por causa de los placeres terrenales, y que ninguna cantidad de diversión, goce terrenal, riquezas u honra, pueden apagar las llamas del infierno. Si usted fuera sólo a escuchar la Palabra de Dios, estaría de acuerdo conmigo, de que no puede haber ninguna razón justificable para destruir su propia alma; no se atrevería acostarse sin antes haberse decidido a volverse y vivir.

Para salvar su propia vida, un hombre es capaz aún de cortarse un brazo o una pierna. Cuando el arzobispo Thomas Cranmer estaba a punto de morir quemado en la estaca en 1556, para mostrar su arrepentimiento, deliberadamente metió su mano derecha en el fuego, mano con la cual había firmado un documento que negaba la verdad en que él creía. La Biblia nos dice que aquellos mártires cristianos “fueron atormentados, no aceptando rescate a fin de obtener mejor resurrección.” (Heb.11:35) Otros miles, han estado preparados a morir por su fe, sabiendo que recibirían su recompensa en el cielo. Pero que un hombre dé la espalda a su creador, y corra directamente al infierno cuando ya ha sido advertido y rehusó la oferta de salvación, es algo que ninguna razón en el mundo puede excusar. El cielo recompensará cualquier cosa que hayamos perdido para obtenerlo. Pero nada puede recompensar la pérdida de él.

Una vez más, aplique esto a su propio caso. Como no es posible que usted dé una razón para destruirse a sí mismo, ¿Cuál razón puede dar para negarse a volverse a Dios? Si reducimos todo este asunto a los principios más básicos, seguramente usted verá que no tiene ninguna razón para ser impío y mucho menos para condenar su propia alma. Usted tiene una buena razón para hacer lo que hace o no la tiene; y si no

¿Está todavía decidido a proceder en contra de la razón? ¿Hará algo para lo cual no tiene ninguna razón? Si usted piensa que usted tiene una razón, haga lo mejor que pueda para producirla. ¿Cuál motivo posible puede dar para atrasar o rehusar responder al llamamiento de Dios? ¿Tiene usted alguna razón que satisfaga su propia consciencia, o que se atreverá a presentar cuando se encuentre ante Dios en el día del juicio?

SUSTITUTOS DE LA RAZON

En vez de razones, todo lo que los hombres impíos tienen para defenderse son puras tonterías ignorantes. En seguida examinaremos algunos de los argumentos insensatos que los pecadores usan y los contestaremos.

1. “Si solo los hombres convertidos y piadosos son salvos, entonces el cielo estará vacío”. Es obvio que la persona que dice esto, piensa que Dios no sabe lo que dice o que no es digno de ser creído. La Biblia nos dice que multitudes estarán en el cielo, aunque Cristo lo dejó claro que: “Estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida y pocos son los que la hallan.” (Mat.7:14) En vez de discutir acerca de cuántos serán los salvos, el pecador debería obedecer el mandamiento de Cristo: “Entrad por la puerta estrecha.” (Mat.7:13)

2. “Si voy al infierno, tendré mucha compañía”. Pero, ¿Esto le ayudará o le consolará? ¿Piensa usted que Dios tendrá dificultades en ejecutar su justo juicio, debido a la gran cantidad de personas involucradas? y ¿Piensa usted que no tendría mucha compañía en el cielo?

3. “Pero todos los hombres son pecadores, aún los mejores”. De acuerdo, pero no todos son pecadores inconversos. Como ya vimos en un capítulo anterior, los creyentes verdaderos no viven en pecado, sino que constantemente anhelan y se esfuerzan y oran para mortificar sus pecados.

4. “Hay muchos que profesan ser creyentes cuyas vidas no son mejores que las de los incrédulos”. Por supuesto, hay hipócritas en la iglesia, pero los creyentes verdaderos no lo son. Hay millones de creyentes piadosos a quienes sería impiedad acusar de hipocresía. Lo que es más, los hombres impíos frecuentemente acusan a los creyentes de pecados ocultos porque saben que estos creyentes no son culpables de los pecados públicos que ellos cometen.

5. “No soy culpable de pecados graves, entonces ¿Porqué dice usted que necesito ser convertido?” Pero usted nació con una naturaleza pecaminosa, y usted está viviendo para agradar esa naturaleza pecaminosa igual como cualquier otro. ¿No es un grave pecado amar al mundo más que a Dios, o tener un corazón orgulloso e incrédulo? Muchas personas que evitan pecados abiertamente vergonzosos, son tan apegados al mundo, tan alejados de Dios, tan esclavizados por el pecado, y tan aversos al cielo, como aquellos cuyas vidas son abiertamente ofensivas.

6. “Pero nunca he hecho daño a nadie, ni quiero dañar a nadie; entonces: ¿Porqué ha de condenarme Dios?” ¿No es “ningún daño” no hacer caso de su creador y el propósito por el cual usted fue creado? ¿No es “ningún daño” descuidar la gracia que Él le ofrece cada día? Si usted no se da cuenta de esto, es un indicativo de la profundidad de su pecaminosidad. ¡Los muertos no sienten y están muertos! Si usted estuviera vivo espiritualmente, vería cuán pecaminoso es y estaría asombrado de haber sido capaz de tratar este asunto tan ligeramente.

7. “Toda esta palabrería acerca de las cosas eternas es suficiente para volver loca a una persona; es suficiente para trastornar a aquellos que piensen demasiado en ello.” Pero nadie puede ser más loco y más trastornado que aquellos que descuidan su bienestar eterno. Nadie es verdaderamente sano en su mente hasta que es convertido. La Biblia dice que: “Lo insensato de Dios es

más sabio que los hombres” (1Cor.1:25) y que “el principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Sal.111:10). En una parábola muy conocida el hijo pródigo decidió volver a su padre, cuando “volvió en sí” (Luc.15:17). Es ridículo argumentar que los hombres desobedecen a Dios y corren hacia el infierno, porque temen volverse locos y desequilibrados. ¿Que les volvería locos o desequilibrados? Amar a Dios, invocarle, dar la espalda al pecado, amar al pueblo de Dios, deleitarse en el servicio de Dios, anhelar el cielo, ¿Son éstas cosas las que le trastornarían a usted? y ¿Porqué animaría Dios a los hombres a que piensen seriamente en estas cosas, si les volverían locos? Si el cielo es demasiado alto para que usted piense y se prepare para él, entonces, será demasiado alto para que usted entre y disfrute de él. Si alguien es trastornado por pensar en las cosas eternas, es debido a que las mal entiende. Es mejor estar en tal estado que engañarse pensando que es sabio ignorarlas.

8. “¿Realmente le preocupa a Dios lo que los hombres dicen, piensan o hacen?”

La Biblia enseña que estas cosas son importantes a Dios, y el sentido común le debería enseñar lo mismo. ¿Podría un hombre sensato construir algo sin ninguna razón? ¿Compraría un reloj sin preocuparse de que indicara bien el tiempo? Entonces, ¿Dios le habría creado, preservado y suplido todas sus necesidades cotidianas, sin preocuparse de cómo viviera usted? Si usted no cree en un Dios que le sostiene y suple sus necesidades, entonces, ciertamente no puede creer en un Dios que le puede ayudar en sus necesidades o problemas. Si Dios no se preocupara por usted, usted ya no estaría aquí; Dios habría permitido que cualquiera de los cientos de enfermedades que existen, hubiera terminado con su vida. Es obvio que Dios hizo al hombre para traer gloria a su nombre; ¿Cómo puede ser posible imaginar que a Dios no le importe si este propósito es cumplido o no? ¿No tuvo Dios ningún propósito en crear al mundo? ¿Porqué nos sostiene a todos la tierra? ¿Creó Dios todo esto colocando al hombre en un sitio de honor, y ahora no le importará como piensa, habla o vive? ¡Nada podría ser más irrazonable!

9. “El mundo será un mejor lugar cuando los hombres piensen que la religión no es un asunto tan importante”. Por supuesto, aquellos que no quieren ninguna religión, piensan que el mundo sería mejor sin ella. El diablo piensa lo mismo. La verdad es que la sociedad solo es mejor cuando Dios es amado, obedecido y servido. ¿En cuál otra manera podríamos concluir que el mundo sería mejor?

10. “Hay tantas religiones diferentes en el mundo, que no tengo ninguna idea de cual sea la verdadera, entonces permaneceré tal como estoy”. Pero si una religión es la correcta, entonces no tener ninguna es un error. Aún mas, usted puede estar seguro de que el camino en que usted anda está equivocado. Ninguno está más equivocado que los pecadores mundanos, carnales e inconversos. Ellos no sólo se equivocan con respecto a uno o dos puntos doctrinales, sino que se equivocan en la dirección entera de sus vidas. Si usted estuviera haciendo un viaje, en el cual su vida estuviera en juego, y llegará a una encrucijada, se detendría o ¿Se volvería atrás por no saber cuál camino tomar? Sin lugar a dudas usted haría todo lo posible para asegurarse de tomar el camino correcto. Porque algunos se pierden en el camino, ¿Esto le daría un pretexto para no buscar el correcto?

11. “Conozco algunos creyentes que son pobres y que tienen más problemas que otros que no son creyentes”. Esto pudiera ser cierto, es un hecho que algunos creyentes son más pobres y tienen más problemas que los incrédulos, porque Dios considera que esto es lo mejor para ellos. Pero los creyentes no consideran la prosperidad terrenal, ni su confort como un derecho o una recompensa en este mundo. Más bien sus tesoros y sus esperanzas están en el

cielo, y están contentos en esperar por toda la gloria que Dios les ha preparado en el cielo.

12. “Estoy satisfecho con ser tan bueno como pueda y esperar que al final Dios se compadezca de mí”. ¿Cómo puede decir, “hago lo mejor que puedo”, cuando rehusa volverse a Dios y su corazón está en contra de su nombre santo y de su santo servicio. Usted no está siendo tan bueno como puede, sino tan bueno como quiere, entonces ¿Qué resultado puede esperar de esto? Si usted espera ser salvo sin ser convertido y sin vivir una vida santa, su esperanza no es en Dios sino en satanás o en usted mismo. Dios nunca le ha prometido tal cosa.

UNA PERSPECTIVA CORRECTA

Si estos argumentos y otros semejantes son todo lo que usted tiene en contra de la conversión y una vida santa, entonces el resultado de su balance es menos que nada. Si estos argumentos le persuadirán a dar la espalda a Dios y a echarse hacia el infierno, solo puedo orar que el Señor le libre de tal ceguera espiritual y ceguera de corazón. ¿Se atreverá a pararse ante Dios en el día del juicio con tales argumentos? ¿Le ayudará en aquel momento decir, “Señor, no te busqué porque estaba muy ocupado con otras cosas, conocí a algunas personas que eran hipócritas y también estaba confundido porque existían tantas diferentes opiniones religiosas?” ¿De qué le servirá decir esto? La Biblia le dice: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia” (Mat.6:33) y que “La piedad para todo aprovecha pues tiene promesa de la vida presente y de la venidera” (1 Tim.4:8). Entonces, ¿Porqué rehusa usted hacer caso? Si los hipócritas le impiden, entonces usted debería ser más cuidadoso y no más negligente. Dios le dice que mire a la Biblia y no a los hipócritas. ¿Está confundido porque hay tantas opiniones religiosas? Entonces, ¿Porqué no depende solo de la Biblia, en donde la enseñanza divina acerca de la salvación es perfectamente clara?

Si estas respuestas no le han silenciado, entonces Dios tiene otras cosas que lo harán. Jesús dijo una parábola acerca de un hombre que entró a una fiesta de bodas sin estar vestido adecuadamente para la ocasión, y cuando el encargado le preguntó: “Amigo, ¿Cómo entraste aquí sin estar vestido de boda?” El enmudeció y le echaron fuera. (Mat.22:12) En la misma manera, cualquiera que se imagina que puede entrar al cielo sin ser convertido, quedará mudo en el día del juicio. No tendrá nada que decir, porque no tendrá ninguna razón para dar, de porqué no se volvió al Señor cuando tuvo la oportunidad de hacerlo.

¿Está satisfecha su propia conciencia con las razones que usted da para no volverse a Dios? Si lo es, entonces es obvio que usted no piensa seriamente en arrepentirse. ¿Cuál razón puede usted dar por permanecer tal como está? ¿Está usted decidido a ir al infierno aún en contra de la razón? Piense seriamente acerca de esto mientras tenga tiempo para hacerlo. ¿Puede usted encontrar algún defecto en Dios, en su obra o en sus promesas? ¿Es un mal Patrón? o ¿Acaso es mejor el diablo? ¿Hay algo dañino en una vida santa, o es mejor una vida de mundanalidad e impiedad? ¿Su conciencia le dice que le haría daño ser convertido y vivir una vida santa? ¿Sería dañino que el Espíritu de Cristo cambiara su corazón? Si es malo ser santo, entonces ¿Porqué dice Dios “Sed santos porque yo soy santo”? (1 Pe.1:16). En el principio Dios hizo al hombre “a su propia imagen” (Gen.1:27). Es esta imagen la que fue perdida en la caída y que Dios quiere restaurar en usted. Puede ser que usted sea renuente a vivir una vida santa pero sea honesto, ¿No preferiría morir la muerte de los santos? ¿No preferiría morir convertido que inconverso? ¿Santo que impío? ¿No hay nada dentro de usted que clame, “muera yo la muerte de los rectos, y mi postrimería sea como la suya?” (Num.23:10). Entonces, ¿Porqué no volverse a Dios ahora?

La verdad del asunto es que usted será convertido o deseará ser convertido cuando ya sea demasiado tarde.

¿Qué teme perder si llega a ser cristiano? ¿Sus amigos? Pero usted ganará nuevos amigos. Dios será su amigo, Cristo será su amigo, el Espíritu Santo será su amigo y todos los demás creyentes en el mundo serán sus amigos. Los amigos que usted tiene en la actualidad le seducirán al camino que conduce al infierno; el Señor Jesucristo, su nuevo amigo, le salvará del infierno y le llevará al cielo. ¿Teme perder sus placeres? ¿Imagina que nunca podría volver a tener otro día feliz si fuera convertido? ¿Qué tragedia que usted se complazca más en las cosas que agradan a su naturaleza pecaminosa que en las cosas que sirven para glorificar a Dios! La Biblia dice, “porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.” (Rom.14:17) Un niño jugando con sus juguetes piensa más en ellos que en ninguna otra riqueza que usted pudiera ofrecerle, y es necedad maliciosa lo que le hace al pecador preferir los placeres y las posesiones terrenales antes que las riquezas del reino de Dios. ¿Qué hará usted cuando los placeres y las posesiones terrenales se desvanezcan? Para el creyente ese momento es cuando sus gozos más grandes comienzan. Yo conozco algo de lo que significa entregarse a los placeres terrenales, pero también conozco el gozo del amor de Dios en Cristo, y no hay ninguna comparación. Hay más gozo en un solo día con Cristo, que de una vida entera sin El. Eso es porque el salmista dijo a Dios:

“Porque mejor es un día en tus atrios, que mil fuera de ellos. Escogería antes estar a la puerta de la casa de mi Dios, que habitar en las moradas de maldad”. (Salmo 84:10)

Vale la pena recordar algunas de las palabras escritas por el rey Salomón, uno de los hombres más ricos de la historia:

“Propuse en mi corazón agasajar mi corazón con vino, y que anduviese mi corazón en sabiduría, con retención de la necedad, hasta ver cuál fuese el bien de los hijos de los hombres,

en el cual se ocuparan debajo del sol todos los días de su vida... No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno, porque mi corazón gozó de todo mi trabajo; y esta fue mi parte de toda mi faena. Miré yo luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol”.(Ecl.2:3, 10-11)

Más tarde agregó: “Mejor es ir a la casa del luto, que a la casa del banquete; porque aquello es el fin de todos los hombres, y el que vive lo pondrá en su corazón.

Mejor es el pesar que la risa; porque con la tristeza del rostro se enmendará el corazón. El corazón de los sabios está en la casa del luto; mas el corazón de los insensatos, en la casa en que hay alegría. Mejor es oír la reprensión del sabio, que la canción de los necios. Porque la risa del necio es como el estrépito de los espinos debajo de la olla. Y también esto es vanidad”. (Ecl.7:2-6)

La risa más fuerte del pecador inconverso es como la risa de un hombre que está fuera de sí, se ríe cuando no tiene motivo alguno para hacerlo. ¿Tiene esto algún sentido? Es su naturaleza pecaminosa lo que le hace pensar que una vida carnal sería placentera mientras que una vida santa no. Pero si usted es convertido a Dios, le dará un corazón nuevo, que resultará en que le será más placentero mortificar el pecado, que abrigarlo. Usted descubrirá que lo único que satisface es la vida que se vive para Dios.

RAZONES PARA LO IRRACIONAL

¿Porqué son los hombres tan irracionales cuando se trata de la salvación, y

perfectamente razonables cuando se trata de otras cosas? ¿Porqué son tan renuentes a ser convertidos que necesitan tanta persuasión? Es un hecho que una gran mayoría vivirán y morirán como inconversos. En seguida daré seis respuestas a estas preguntas:

1. Porque el hombre es un pecador por nacimiento, lo cual significa que por naturaleza está enamorado del mundo y del pecado y opuesto a Dios y a todo bien.

2. El hombre está en tinieblas espirituales. Es como un hombre ciego de nacimiento, quien no puede entender una descripción de la luz. Así, el pecador no sabe nada acerca de Dios, el poder de la cruz de Cristo o la persona y la obra del Espíritu Santo. No puede entender lo que significa ser convertido, ni vivir una vida cristiana, ni saber la certidumbre de ir al cielo. Se encuentra en medio de la ignorancia, perdido en la confusión del pecado, como alguien que tropieza en la oscuridad de la noche y no sabe en donde está, hasta que amanece.

3. Están seguros de que no necesitan ser convertidos, más bien piensan que un poco de mejoramiento moral, será suficiente para llegar al cielo. Ninguno que rehusa creer que es perdido, hará caso de alguien que trata de orientarle hacia la dirección correcta.

4. Han llegado a ser esclavos de su propia naturaleza pecaminosa. Sus deseos y apetitos egoístas tienen tanto control sobre ellos, que no pueden pensar en otra cosa, salvo en cómo satisfacerlos. Pero su propia determinación se ha convertido en su propia debilidad. Dicen que no tienen poder para dar la espalda al pecado, la verdad es que no lo desean. El pecador está tan ocupado con las cosas terrenales que no tiene ni tiempo, ni corazón, ni mente para las cosas celestiales.

5. Algunos están rodeados por muchos amigos impíos, de tal manera que nunca piensan ni por un momento en vivir una vida santa. Cuando alguno de estos amigos muere, no se imaginan ni por un momento que se ha ido al infierno. Entonces, están muy felices en seguir viviendo como sus amigos vivieron y morir como ellos murieron. Hay una historia acerca de un pastor que estaba guiando un rebaño de corderos sobre un puente que cruzaba el río Severn (Inglaterra). Cuando de repente algo obstaculizó el camino, uno de los corderos brincó sobre el muro, pero sus piernas se resbalaron y cayó al río. Antes de que el pastor pudiera detenerlos, un cordero tras otro hicieron lo mismo y muy pronto todos se ahogaron. Aquellos corderos que venían de atrás, no tenían ninguna idea de lo que les estaba sucediendo a los que iban al frente. Pensaron que todo estaba bien, pero cuando subieron al muro del puente, resbalaron y perecieron. Es lo mismo con los hombres impíos y sus amigos impíos. Uno muere y cae en el infierno y los otros le siguen sin saber hacia donde van. Cuando ya están al otro lado del muro de la muerte, y sus ojos son abiertos, darían cualquier cosa para regresar a la vida y volverse.

6. Tienen un enemigo poderoso, sutil, malicioso que es el diablo, cuya meta principal es la de impedir su conversión. El les persuade, a no preocuparse por estos asuntos y a no creer en las Escrituras. Les dice que una vida santa es una vida miserable, que no hay ninguna necesidad de ser convertidos, y que un Dios de amor jamás enviaría a nadie al infierno. Y si ellos empiezan a pensar seriamente acerca de su condición, les dice que no hay prisa para que hagan algo. Por medio de todos estos engañosos medios, el diablo mantiene a la mayoría de los hombres en sus garras y les guía a la destrucción.

Estas son algunas de las razones por las cuales tantas personas permanecen inconversas. Aunque Dios ha hecho tanto, Cristo ha sufrido tanto y los predicadores verdaderos del Evangelio han dicho tanto para conducirlos a la

conversión, permanecen inconversos. Aún cuando todas sus razones han sido manifiestas como no válidas, ellos rehusan escuchar el llamamiento misericordioso de Dios a “Volverse y vivir”. Como ya hemos visto que los mandamientos de Dios son razonables y la desobediencia del hombre es irracional, queda solamente un asunto importante que considerar: ¿Quién tiene la culpa si los pecadores se condenan?

8. *EL CULPABLE NECIO*

En esta altura de nuestro estudio del mensaje divino a Ezequiel, hemos establecido más allá de toda duda que Dios ha hecho todo lo posible para salvar a los pecadores de la necesidad y el peligro de sus pecados. Esto nos deja con un solo principio para considerar: Si después de todo esto los impíos se niegan a volverse, no es culpa de Dios si perecen, sino que es culpa de ellos. Su propia obstinación viene a ser la causa de su propia maldición; son condenados porque esto es lo que escogieron.

Una cosa queda muy clara de todo lo que hemos visto, que si alguien es eternamente perdido no es la culpa de Dios. En el Antiguo Testamento, Dios compara a la humanidad con una viña que ha sido plantada y cuidada con esmero, solamente para encontrar que sus frutos fueron amargos y malos. Y como resultado Dios pregunta: “¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo esperando yo que diese uvas, ha dado uvas silvestres?” (Isa.5:4) Dios creó al hombre a su propia imagen, le dio razonamiento y entendimiento, suplió todas sus necesidades y le dio una perfecta ley. Cuando el hombre quebrantó esa ley, Dios tuvo misericordia de él y envió a su Hijo a morir en lugar de los pecadores. Ahora Cristo ofrece a todos los hombres el perdón de pecados y la vida eterna si se vuelven a El en arrepentimiento y fe. El Espíritu Santo ha capacitado a generaciones de predicadores fieles para que llamen a los pecadores a que se vuelvan a El. ¿No puede ver usted en donde cabe en este cuadro? Dios ha sostenido su vida a pesar de sus pecados, le ha rodeado de misericordias cada día y ha mezclado sus misericordias con aflicciones para recordarle de su necesidad y llamarle a volverse. En todo esto el Espíritu Santo le ha estado llamando a volverse a Dios, ¿Sabe usted hacia donde va o que está haciendo? ¿Cuándo volverá a ser sensato, dejando su pecado para ser salvo? A usted y a todos los pecadores el Espíritu Santo clama: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Heb.3:7). Dios coloca la vida eterna delante de usted, le asegura de la realidad del cielo con todos sus gozos y de la realidad del infierno con toda su miseria. En el evangelio Cristo Jesús ha sido “ya presentado claramente entre vosotros como crucificado” (Gál.3:1), y se le ha dicho que a menos que usted confíe en El, está perdido en sus pecados. Se le ha dicho de la pecaminosidad y la vanidad del pecado y también de la vanidad de los placeres y riquezas de este mundo. Se le ha recordado la brevedad y la incertidumbre de su vida y de la duración eterna del gozo o del tormento, que seguirán en la vida venidera. Pudiera ser que usted ha escuchado tanto estas cosas que ya está cansado de escucharlas. Usted puede estar en tal condición que ya no se fija en estos asuntos. Como el perro de un herrero que se ha acostumbrado tanto al ruido del martillo, que puede dormirse aún cuando salten las chispas cerca de él. Sin embargo, Dios todavía le ofrece misericordia si usted se vuelve a El de todo corazón.

¿QUIEN TIENE LA CULPA?

Entonces en el nombre de la cordura, sea usted el juez de quien tiene la culpa de que usted permanezca aún como inconverso, ¿Usted o Dios? Si usted

permanece como no salvo, es porque escoge esto. ¿Qué más se podría decir o hacer para lograr que usted cambiara de opinión? Puede usted decir: ¿Me gustaría volverme a Dios pero no puedo; me gustaría dejar mis pecados pero no puedo; me gustaría cambiar la manera en que pienso, hablo y actúo pero no puedo? Pero, ¿Porqué no? ¿No es la perversidad de su propio corazón lo que se lo impide? ¿Quién le obliga a pecar? Usted tiene la misma libertad, oportunidad y tiempo para vivir una vida piadosa como cualquier otro, entonces ¿Porqué no lo está haciendo? ¿Acaso las puertas del templo le han sido cerradas? ¿La Biblia le excluye a usted de sus promesas de misericordia y perdón para los pecadores que se vuelvan a Dios? ¿Le prohíbe Dios orar a El? Usted sabe las respuestas a estas preguntas. Es usted mismo quien ha decidido no vivir una vida piadosa, no asistir al templo, no leer la Palabra de Dios, no orar y no volverse a Cristo.

Si Dios le hubiera excluido de sus promesas de misericordia, o si le hubiera dicho específicamente a usted que no le respondería, sin importar cuán celosamente fuera a llamarle, entonces por lo menos usted tendría algún pretexto para su condición. Pero el caso no es así. Ya desde hace mucho tiempo pudiera haber tenido a Cristo como su Señor y salvador, pero usted decidió no acudir a El porque pensó que no lo necesitaba. En una ocasión Jesús dio una parábola acerca de unas personas que se rebelaron contra el hombre que había sido designado como su gobernante. Ellos gritaron: “No queremos que este reine sobre nosotros” (Luc.19:14). En una manera semejante, los pecadores rechazan el señorío de Cristo sobre sus vidas. Como vimos en un capítulo anterior, cuando Jesús fue a Jerusalén por última vez y lloró sobre su pecado, dijo: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (Mat.23:37). Dios dijo algo semejante en los tiempos del Antiguo Testamento, “¡Quien diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre” (Deut.5:29). “¡Ojalá fueran sabios, que comprendieran esto, y se dieran cuenta del fin que les espera” (Deut.32:29). Pero también se nos dice lo que Dios hace cuando el pueblo lo rechaza:

“Pero mi pueblo no oyó mi voz, e Israel no me quiso a mí. Los dejé, por lo tanto, a la dureza de su corazón; caminaron en sus propios consejos”.
(Salmo 81:11-12)

“Tu maldad te castigará, y tus rebeldías te condenarán; sabe, pues, y ve cuan malo y amargo es el haber dejado tú a Jehová tu Dios, y faltar mi temor en tí, dice el Señor, Jehová de los ejércitos.” (Jer.2:19)

Entonces pues, Dios condesciende a razonar con usted, expone el caso ante usted y pregunta: “¿Qué hay en mí o en servirme a mí que usted odia tanto? ¿Qué daño le he hecho? ¿Merezco esta clase de trato? ¿Soy Yo o es satanás quien es su enemigo? ¿Soy Yo o es usted quien arruinará su vida? ¿Es una vida santa o una vida pecaminosa, respecto a cual usted debería huir? Si usted está perdido es porque no quiso volverse a mí y ser salvo”.

INVITACION Y ADVERTENCIA

Pero Dios no quiere que usted se pierda, entonces una vez más le llama a considerar sus caminos y a volverse a El:

“A todos los sedientos: Venid a las aguas; y a los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. ¿Porqué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura. Inclinaid vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra

alma; y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David. Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar.” (Isaías 55:1-3, 6-7) Dios tiene algo igualmente claro que decir a aquellos que rechazan tal asombrosa invitación:

“Espantaos, cielos, sobre esto, y horrorizaos; desolaos en gran manera, dijo Jehová. Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua.” (Jeremías 2:12-12)

¿No es esto exactamente lo que usted ha hecho? Una y otra vez Cristo le ha dado la maravillosa invitación: “El que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apo.22:17), y su rechazo le obliga a El a decir: “No queréis venir a mí para que tengáis vida” (Jn.5:40). El le ha invitado a comer con El en el reino de su Gracia, y usted sólo ha puesto pretextos para no aceptar su invitación. Entonces, no debería sorprenderle de escucharle decir, como lo dijo Jesús en la parábola: “Os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados gustará mi cena.” (Luc.14:22)

En el Antiguo Testamento hay un muy desafiante texto en el cual la “Sabiduría” es usada como personificando la voz de Dios llamando a las personas a considerar sus caminos:

“La sabiduría clama en las calles, alza su voz en las plazas; clama en los principales lugares de reunión; en las entradas de las puertas de la ciudad dice sus razones.

¿Hasta cuando, oh simples, amaréis la simpleza, y los burladores desearán el burlar, y los insensatos aborrecerán la ciencia? Volveos a mi reprensión; he aquí yo derramaré mi espíritu sobre vosotros, y os haré saber mis palabras. Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y mi reprensión no quisisteis, también yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis; cuando viniere como una destrucción lo que teméis, y vuestra calamidad llegare como un torbellino; cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia.

Entonces me llamarán, y no responderé; me buscarán de mañana y no me hallarán. Por cuanto aborrecieron la sabiduría, y no escogieron el temor de Jehová, ni quisieron mi consejo, y menospreciaron toda reprensión mía, comerán del fruto de su camino, y serán hastiados de sus propios consejos.

Porque el desvío de los ignorantes los matará, y la prosperidad de los necios los echará a perder; mas el que me oyere, habitará con fiadamente y vivirá tranquilo, sin temor del mal.” (Proverbios 1:20-33)

Fíjese cuán claramente estas palabras muestran que los impíos son destruidos, no porque Dios no les enseñó, sino porque ellos no le quisieron escuchar; no porque Dios no les llamara, sino porque ellos no quisieron volverse a Él. Es blasfemia inculpar a Dios por la perdición del pecador. Aún más, aquellos que inculpan a Dios no tienen ninguna razón, ni derecho para hacerlo. Ellos dicen que Dios es duro al condenar a todos los inconversos, y piensan que es injusto castigar los pecados temporales con la perdición eterna. Dicen que no pueden detener a Dios, pero todo el tiempo están ocupados en destruirse a sí mismos y nada les persuade a detenerse. Piensan que Dios es cruel en condenarlos, pero la verdad es que ellos son crueles consigo mismos, por correr

a toda velocidad hacia el infierno y no hacer caso de las advertencias y promesas de Dios. Su estilo de vida nos dice que ellos están bajo el control del diablo; y si mueren así, no hay nada en este mundo que les pueda salvar. Sus vidas penden de un hilo, y no obstante cuando les advertimos de su peligro y les rogamos que tengan misericordia de sus propias almas, ellos rehúsan escuchar. Cuando les rogamos que se vuelvan de sus pecados y confíen en Cristo, ellos no quieren saber nada de esto. ¡Y sin embargo dicen que Dios es cruel al condenarlos! Pero no es Dios quien es cruel. Dios no es cruel para con usted; le dice vuélvete o te quemarás; pero usted no se vuelve. Dios le dice que si conserva sus pecados, tendrá que sufrir el juicio que estos le acarrearán, y usted está decidido a conservarlos. Dios le dice que la única manera para ser feliz es siendo santo; y usted rehúsa ser santo. ¿Qué más puede Dios hacer o decir? Usted está hundido en un pantano de pecado y miseria y Dios le ofrece sacarlo. El dice: “Todo el día extendí mis manos a un pueblo rebelde y contradictor” (Rom.10:21), y usted rehúsa la oferta porque ama sus pecados y no los quiere dejar. ¿Se atrevería a sugerir que Dios debería llevarle al cielo contra su voluntad, o llevarle a usted al cielo junto con sus pecados? Sería más fácil esperar que el sol se volviera tinieblas: “¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?” (2 Cor.6:14) La Biblia es perfectamente clara acerca de las calificaciones para ir al cielo: “No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación o mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.” (Apo.21:27)

La verdad es que los pecadores obstinados no clamarán a Dios por misericordia, ni tendrán misericordia de sí mismos. Al borracho se le dice que se está envenenando y yendo hacia el infierno en ese camino, y él responde que no puede detenerse. Al mundano descuidado se le dice que si sigue viviendo así, nunca llegará al cielo, y él no hace nada al respecto. Cuando rogamos a los pecadores a volverse a su Creador, y a Cristo que murió por los pecadores, pidiéndoles por el bien de sus propias almas, que tengan misericordia de sí mismos, que ya no sigan adelante en el camino al infierno, sino que vengan a Cristo mientras que la puerta de la vida eterna está abierta y la misericordia les es ofrecida libremente, ellos rehúsan ser persuadidos. Todo lo que dicen es: “Espero que de alguna manera Dios tendrá misericordia de mí.” Pero si ellos no quieren volverse a Él, no hay posibilidad de misericordia. La Biblia dice específicamente a ellos:

“Porque aquel no es pueblo de entendimiento; por tanto, su Hacedor no tendrá de él misericordia, ni se compadecerá de él, el que lo formó.” (Isaías 27:11)

INCULPANDO A DIOS

Si alguien fuera a negarle ayuda cuando usted estuviera sin ropa o sin comida, o si fuera a tratarle mal en alguna otra manera, usted diría que le trató sin misericordia. Sin embargo, al desperdiciar deliberadamente su propio cuerpo y alma, usted está siendo mil veces más inmisericorde consigo mismo. Lo que es más, usted quiere que Dios le permita escupir al rostro de su Hijo, tapar sus oídos a la voz del Espíritu Santo, tratar al pecado como si fuera una broma y burlarse de la santidad, y entonces que le salve, aún cuando usted rehúsa su oferta de perdón, y como no lo hace así, entonces usted se atreve a decir que ¡No es un Dios de amor! Si usted fuera tan cuidadoso en evitar el pecado y sus consecuencias, como lo es en buscar pretextos para justificar su comportamiento e inculpar a Dios, entonces emplearía mejor su tiempo. Es espantoso pensar que los hombres tienen una opinión tan alta de sí mismos, que para poder

disculpase, están dispuestos aún a inculpar a Dios. Esto es precisamente lo que sucedió cuando Adán comió el fruto prohibido en el jardín de Edén. Dijo a Dios: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y yo comí” (Gen.3:12), insinuando indirectamente que Dios era culpable. En una forma semejante, hoy en día los hombres dicen a Dios: ‘Fue el entendimiento que tú me diste, el que no fue capaz de discernir la verdad; fue la voluntad que me diste, la que escogió mal; fuiste tú quien permitió que yo fuese tentado; fuiste tú quien pusiste todas estas cosas pecaminosas en mi camino.’ Este tipo de pensamiento perverso es característico del pecador, porque instintivamente conoce que Dios es la causa de todo lo que es bueno, concluye equivocadamente que también es la causa de todo lo que es malo.

Ahora, permítame tratar con dos objeciones que frecuentemente levantan las personas sobre este asunto:

Primero, hay aquellos que dicen: ‘Seguramente nosotros no podemos convertirnos a nosotros mismos, hasta que Dios nos convierta.’ Sin duda la Escritura enseña: “que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.” (Rom.9:16) Claro que sí, pero si un hombre ha de ser salvo, deberá tener tanto el deseo, como la voluntad de serlo. Dios promete la salvación solamente a aquellos que la desean y la buscan. Por otra parte, es la misericordia divina que produce tanto el deseo como la voluntad. Esto no significa que cuando un hombre está dispuesto y se esfuerza para ser salvo, que su disposición y esfuerzo merezcan una recompensa; sino significa que el rechazo deliberado del pecador de la misericordia divina, resulta en que nunca podrá ser salvo. La incapacidad más grande del pecador es su voluntad obstinada, la cual hace que su pecado sea aún mayor. Podría volverse si quisiera hacerlo, pero su voluntad es tan corrupta que sólo la gracia soberana de Dios la puede cambiar. Entonces, el pecador tiene tanto más razón para pedir la gracia de Dios y ceder ante ella. No tiene razón alguna para descuidarla u oponerse a ella. Entonces, cuando el pecador haya hecho todo lo que puede, entonces podrá inculpar a Dios.

Segundo, hay aquellos que preguntan: Pero, ¿En dónde entra en juego el libre albedrío? Los argumentos acerca del libre albedrío, no son algo que los pecadores puedan entender y por lo tanto voy a limitar la respuesta a un sólo punto. Hablar de que el hombre tiene libre albedrío, no es exactamente correcto. El albedrío del hombre es ‘libre’ en el sentido de que es su facultad de autodeterminación. No obstante, no es estrictamente ‘libre’ porque por naturaleza está fatalmente inclinado hacia lo malo. La voluntad del hombre es esclava de su naturaleza pecaminosa, y por lo tanto no es neutral o imparcial. Por ejemplo, si alguien maliciosamente fuera a herirle, o robarle sus propiedades,

o matar a alguno de sus hijos, ¿Le perdonaría usted, si la persona dijera; ‘no tengo libre albedrío, mi naturaleza pecaminosa es culpable?’ Si así fuera el caso, entonces cada criminal podría poner el mismo pretexto y esperar ser absuelto. Pero no sería un pretexto suficiente en ninguno de los casos, y tampoco es un pretexto para usted decir; ‘no tengo una voluntad libre de la esclavitud del pecado.’

¡Qué tentador tan sutil es el diablo! ¡Cuán engañoso es el pecado! ¡Cuán necio y corrupto es el hombre!. El diablo ha de ser muy sutil para poder persuadir a los hombres a que caminen derechito hacia el fuego eterno, después de haber recibido tantas advertencias. El pecado es ciertamente muy engañoso puesto que puede convencer a millones de que pierdan la vida eterna a cambio de algo tan vil. Y el hombre ciertamente tiene que ser corrupto y necio, puesto

que puede ser tan fácilmente robado de algo tan valioso, por amor de algo que no vale nada. Parecería imposible que alguien fuera tan estúpido como para arrojarse al fuego, y no obstante los pecadores están felices de arrojarse al infierno. Si fuera posible que usted no muriera hasta que usted mismo decidiera terminar su vida, ¿Cuánto tiempo escogería vivir? No obstante, cuando bajo la gracia de Dios, la vida eterna está en sus manos, en el sentido de que le puede pertenecer, a condición de que usted la quiera y no la desperdicie, entonces ¡cuán necio es desperdiciarla! Aún más, los pecadores son tan inclinados hacia el mal, que no solo se destruyen a sí mismos, sino que no vacilan en arrastrar a otros.

EL HOMBRE, EL PEOR ENEMIGO DE SI MISMO

Todo esto nos dice que el hombre mismo es su peor enemigo, y la peor cosa que puede pasarle en esta vida es que sea dejado a sí mismo. Su queja principal debería ser en contra de sí mismo. Su obra más grande debería ser la de resistir a su propia naturaleza pecaminosa. Su mayor preocupación debería ser orar y luchar contra su ceguera, su corrupción, la perversión y la impiedad que brotan de su propio corazón pecaminoso. La cosa más grande que la Gracia de Dios puede hacer es, salvarnos de nosotros mismos. Siendo así el caso, le pido que juzgue según las evidencias. Si lo hace, seguramente será conducido a la conclusión de que usted es culpable ante Dios, culpable de su propia destrucción. En seguida daré algunos argumentos los cuales espero que le convenzan, le humillen y le ayuden a tomar el curso correcto de acción.

1. Usted no tiene razón alguna para creer que Dios es cruel o para inculparle por su propia destrucción, porque la Biblia enseña claramente que esto no está de acuerdo con la naturaleza divina:

“Justo es Jehová en todos sus caminos, y misericordioso en todas sus obras. Cumplirá el deseo de los que le temen; oirá asimismo el clamor de ellos, y los salvará.” (Salmo 145:17, 19)

Por otra parte, sabemos que el entendimiento del hombre es entenebrecido, su voluntad corrupta y sus afectos están contaminados. Por lo tanto, está muy bien capacitado para destruirse a sí mismo. Si usted fuera a encontrar una oveja muerta y junto a ella un cordero y un lobo, ¿De cuál de ellos sospecharía como el asesino? Si un asesinato fuese cometido, ¿sospecharía usted de alguien conocido por su integridad o de un conocido asesino profesional? Y la Biblia dice: “Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni El tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a la luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a la luz la muerte.” (Stg.1:13-15) El pecado es el resultado de la pecaminosidad humana, y no hay ninguna manera en que pueda ser culpa de Dios. El hombre es como una araña venenosa que se enreda en su propia telaraña y se mata a sí mismo.

2. Usted puede ver que es culpable de su propia destrucción al fijarse cuán dispuesto está a ceder ante la tentación. Usted está tan dispuesto a ceder como el diablo a tentarlo. Si él le tienta a pensamientos, palabras o actos pecaminosos, usted está listo a ceder. Si él le quiere obstaculizar de los pensamientos santos, de las buenas resoluciones, de palabras puras o de buenas acciones, no necesita animarlo, porque usted está dispuesto a darle la bienvenida con cualquier cosa que sugiera. Usted casi nunca está preparado para resistirle, pelear con él o apagar las chispas de pecado que él trata de encender.

3. Su culpa puede verse en la manera en que usted resiste todos los intentos para salvarle.

Dios le encamina hacia su Palabra y usted la resiste. El Espíritu Santo le habla y usted tapa sus oídos. Un amigo cristiano le regaña por su pecado y usted se enoja. Su amigo trata de invitarle a la iglesia y usted le da algún pretexto o le dice que no necesita eso. Si alguien trata de introducirle en una conversación seria acerca de su condición espiritual, usted busca alguna manera para evadir el tema. Usted es tan sabio ante sus ojos que no escuchará a nadie que trate de convencerle de las verdades bíblicas.

4. Usted puede ver que es culpable por la manera en que se opone a la verdad acerca de Dios. Usted piensa que la sabiduría divina es injusta y que su justicia es cruel. Usted piensa que Dios trata con el pecado tan ligeramente como usted lo hace. Se imagina que sus advertencias son falsas, y usted está preparado para presumir de su bondad y para continuar en el pecado con la esperanza de que, Dios encontrará alguna manera para no castigarle.

5. Usted se destruye a sí mismo imaginando en forma vaga que, puesto que Cristo murió por los pecadores y usted es un pecador, entonces le salvará. Se imagina que aunque usted rehuse confiar en El como salvador y someterse a El como su Señor, que en alguna manera será salvo de todos modos por la obra de Cristo. Pero éste no es el caso. La Biblia deja claro que aquellos cuyas vidas no han sido cambiadas nunca han sido convertidos, y que sólo aquellos que confían en Cristo son transformados. Nos habla de “nuestro gran Dios y salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.” (Tito 2:13-14)

6. Su culpa puede verse por la manera en que usted hace mal uso de los tratos de Dios para con usted. Quizás usted sea uno de esos que dicen que, si Dios predestina a algunas personas a la salvación, y si usted no es uno de los predestinados, que usted no es culpable de su propia perdición, y que esto le justifica para vivir una vida impía. Quizás usted haya sido afligido en alguna manera y usted culpa a Dios de ello. Por otra parte, si usted es prosperado, le conduce a olvidarse de Dios y a no hacer caso de los asuntos eternos. Y al ver que sus amigos impíos también son prosperados, eso le conduce a concluir que no tiene ningún caso ser creyente. ¿Quién tiene la culpa de todo esto?

7. Usted da por sentado la bondad de Dios para consigo, y usa las bendiciones que le concede como instrumentos de desobediencia. Usted come y bebe para satisfacer sus propios apetitos, y no para tener fuerzas para servir a su Hacedor. La ropa que usted lleva puesta solo sirve para incrementar su orgullo; la prosperidad desvía su atención de las cosas celestiales; si los hombres le alaban eso le envanece; si usted tiene salud y fuerza, se olvida de que esta vida es muy corta; si otros hombres tienen éxito, usted les envidia y codicia lo que tienen; aún la belleza se convierte en un objeto de su codicia.

8. Hasta los dones y las capacidades que Dios le ha dado le conducen a pecar. Si usted es muy dotado, se vuelve muy orgulloso y engréido; si es menos dotado se queja. Si usted tiene algún elemento religioso en su vida, aún este es corrupto; sus oraciones no sirven porque no le conducen a “apartarse de iniquidad” (2 Tim.2:19); puede ser que usted lea la Biblia de vez en cuando, pero puesto que “aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominable”. (Prov.28:9) Escuche lo que Dios le dice: “Cuando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal.” (Eclesiastés 5:1)

9. Usted aún convierte las acciones comunes de otras personas en oportunidades para pecar: Si son piadosas usted les odia; si son impíos usted les imita. Si la mayoría de sus amigos son impíos, usted se siente bien en su compañía;

y si solo conoce a algunos creyentes, se siente bien menospreciándolos. Si un creyente parece ser especialmente santo en su vida, usted piensa que es muy exagerado; y si un creyente cae en pecado, usted se siente justificado para hacer lo mismo. Si un creyente es descubierto como hipócrita, usted dice: “siempre sospeché que los creyentes eran así”, y se imagina que usted es tan bueno como cualquiera de ellos. Aún una pequeña falla en un creyente, es suficiente para que usted encuentre justificación para pecar; un creyente se lastima un dedo, pero usted está feliz al degollarse a sí mismo. Si hay un escándalo en la iglesia, usted concluye que hay escándalos en todas las iglesias. Si alguien trata de convencerle de que sus creencias son heréticas, usted se adhiere más a ellas. Puesto que todos los creyentes no están de acuerdo en algunos puntos de doctrina, usted rehusa escuchar las doctrinas básicas, en las cuales todos los creyentes están de acuerdo.

LA NECEDAD DE LA AUTODESTRUCCION

En estos y en otros puntos, no es difícil llegar a la conclusión de que los pecadores se están destruyendo a sí mismos. ¿No está usted dispuesto a admitir que algunas de los puntos anteriores le describen? Si no, considere los siguientes puntos.

1. Destruirse a sí mismo es un pecado contra el primer principio de su naturaleza, es decir, el instinto de conservación. Cuando Jesús dijo: “amarás a tu prójimo como a tí mismo” (Mat.19:19), se infiere que usted se ame a sí mismo. Pero si usted se ama a sí mismo tan poco que está dispuesto a arrojarse al infierno, entonces solo podemos concluir que usted estaría dispuesto a llevar a todo el mundo consigo.

2. Al vivir para gratificar solo sus propios deseos egoístas, usted se está haciendo el peor daño posible. Si usted realmente quiere el placer duradero, las riquezas inagotables y el honor eterno, es el colmo de la necedad buscar estas cosas en el camino que conduce al infierno.

3. Cuán trágico es que usted se está haciendo a sí mismo algo que ninguna otra persona en la tierra o en el infierno le pueden hacer. Si todo el mundo estuviera contra usted, y si cada demonio en el infierno se uniera a ellos, no podrían forzarle a usted a pecar o a destruirse a sí mismo sin su consentimiento. Si usted sabe que el diablo es su enemigo y que anhela destruirle, entonces, ¿Porqué hacer algo que todos los demonios del infierno no le pueden obligar a hacer? Cuando usted peca deliberadamente, cuando da la espalda a la piedad, cuando rechaza el llamamiento de Dios, se está hiriendo a sí mismo en la peor forma posible, y está haciendo algo que los peores hombres y demonios no le podrían hacer.

4. Usted está traicionando una confianza sagrada la cual Dios le ha dado. Dios dice, “sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Prov.4:23), pero al vivir descuidadamente, usted está traicionando esa confianza.

5. Al rehusar escuchar a aquellos que tratan de ayudarle, usted está asegurando que en el día del juicio Dios rehusará escuchar sus clamores por ayuda. El será perfectamente justificado en volverle la espalda, porque cuando usted tenía la oportunidad, no tuvo misericordia de sí mismo y no escuchó a aquellos que le querían ayudar.

6. Será más terrible de lo que las palabras pueden expresar, acordarse en el infierno que usted trajo todo esto sobre sí mismo. Le torturará para siempre recordar que fue advertido una y otra vez, y que pecó con un entendimiento claro de lo que estaba haciendo. Será horrible recordar que usted repetida y

deliberadamente tapó sus oídos ante la voz de Dios, que rehusó la oferta de perdón que Cristo le hizo, y todo esto por el amor de los placeres terrenales y la búsqueda de su propia satisfacción. La Biblia dice, “¿De qué sirve el precio en la mano del necio para comprar sabiduría, no teniendo entendimiento?” (Prov.17:16). Será doloroso recordar que usted tuvo a su disposición los medios para obtener la vida eterna, pero no quiso pagar el precio de volverse de sus pecados. La palabra de Dios le recuerda lo mismo:

“Atended el consejo y sed sabios, y no lo menospreciéis. Bienaventurado el hombre que me escucha, velando a mis puertas cada día, aguardando a los postes de mis puertas.

Porque el que me halle, hallará la vida, y alcanzará el favor de Jehová. Mas el que peca contra mí, defrauda su alma; todos los que me aborrecen aman la muerte.” (Proverbios 8:33-36)

9. *INVITACION A VIVIR*

Mi trabajo está casi terminado, y me duele pensar que después de todo lo que he escrito, que el mundo, la carne y el diablo tengan un control tan fuerte sobre usted, que usted permanezca igual como al comienzo de la lectura de este libro. Si así es el caso, Dios sabe que puedo decir igual como uno de los profetas en el Antiguo Testamento que: “No deseo el día de la calamidad” (Jer.17:16). Quebrantaría mi corazón si resultase que toda mi obra fue en vano. Me temo que usted sea excluido del cielo y encerrado en el infierno y tengo que preguntarle una vez más ¿Qué va a hacer? ¿Se volverá o morirá? Me siento como un doctor diciéndole a su paciente gravemente enfermo, la única manera en que puede sobrevivir es cambiando su estilo de vida y tomando el medicamento recetado. ¿Qué pensaría usted de una persona que rehusara tal consejo? Pero usted está exactamente en esa posición. Pero si usted se vuelve de su pecado y confía en Cristo, tendrá vida eterna. Y no estamos tratando solamente con la enfermedad física. Si este fuera el caso, usted podría ser detenido por la fuerza de hacerse daño. Si fuera necesario, la medicina que salvara su vida, podría ser metida a fuerza en su garganta. Pero esto no es aplicable en la enfermedad del alma. Usted no puede ser salvo contra su voluntad, no será arrastrado al cielo mediante una camisa de fuerza. Dios ha ordenado que la voluntad del hombre tiene que desempeñar un papel crucial en su salvación. Nadie va al cielo o al infierno en contra de su voluntad; por el contrario, cada quien escoge ir al cielo o al infierno.

LA NECESIDAD DE TENER VOLUNTAD

¿Si usted sólo fuera sincero y decidido de todo corazón! Es trágico que los hombres son tan necios y reaccionan negativamente en un asunto tan importante, pero son tan sensibles y corteses en las cosas pequeñas. Hasta lo que yo sé, la mayoría de la gente que vive alrededor de mí, estaría dispuesta a hacerme cualquier favor razonable que pudiera; pero cuando les pido la cosa más grande del mundo (no para beneficiarme a mí, sino a ellos), lo máximo que muchos de ellos me darán será, escucharme pacientemente. Hay muchas personas que tratan a los predicadores así. Parece que dudan de si el predicador habla en serio o no. Si yo fuera a advertir a la gente del peligro de las arenas movedizas, o cualquier otro peligro, me harían caso; pero cuando son advertidos de que el diablo les ha puesto en una trampa, que el pecado les está envenenando y que no debieran tratar al infierno a la ligera, ellos siguen adelante como si no hubieran oído ninguna palabra.

Pero este asunto es serio y digo estas palabras con absoluta seriedad. Espero que si mi vida estuviera en peligro y usted tuviera los medios para salvarme, lo haría. Si necesitara desesperadamente un vaso de agua o un plato de comida, o una poca de ropa para no morir de frío, ¿No me lo daría? Entonces, véame ahora como un mendigo, pero no como uno que está rogando para que su propia vida se salve, sino por la suya; y no solo por su cuerpo sino por su alma. Le ruego ahora como si estuviera hincado ante usted, que escuche la voz de Dios y se vuelva a Cristo para ser salvo. No importa cuán ignorante o descuidado o hundido en el pecado haya estado, ni tampoco cuantas veces no ha hecho caso en el pasado. Le ruego que no siga ni un día más en su condición perdida, sino que invoque a Dios para que le conceda su gracia y le haga una criatura nueva, a fin de que usted pueda escapar de los horrores del infierno. Si me concediera cualquier cosa, concédame esto, que usted se volverá de su camino pecaminoso y vivirá. Usted puede negarme cualquier otra cosa a condición de que me conceda esto, porque si me negara esto, no habría ninguna cosa que me pudiera dar a cambio. Si usted pudiera hacer algo por Aquel que le creó y que murió para que los pecadores vivieran; entonces no rechace esto, porque si lo hace, no hay ninguna otra cosa que le pudiera dar. Como usted quiere que El escuche sus oraciones, que le conceda sus peticiones y que le brinde socorro en el momento de la muerte y en el día del juicio, entonces, no le niegue a El esta única petición mientras que tenga oportunidad. Amigo mío, créame, la muerte y el juicio, el cielo y el infierno, son asuntos muy diferentes cuando usted se acerca a ellos, que cuando parece que están muy lejos de usted.

EL CAMINO DE LA SALVACION

Casi he terminado y espero con todo mi corazón que algunos de los que hayan leído estas palabras, estarán ahora conscientes de su necesidad y desearán ser convertidos, como aquel hombre en el Nuevo Testamento que clamó a los apóstoles: “Señores, ¿Qué es menester que yo haga para ser salvo?” (Hech.16:30) Si ésta es su posición y si usted se está preguntando: “¿Cómo puedo ser convertido? Necesito ser salvo, quiero ser salvo, pero necesito saber exactamente qué debo hacer”. Entonces por última vez déjeme recordarle de su condición y darle algunas claras indicaciones.

Primero, usted necesita entender la necesidad y la naturaleza de la conversión verdadera. Hasta que usted sea convertido, está todavía bajo la culpa de los pecados que usted haya cometido y bajo la ira de Dios y la maldición de Su santa ley. Usted es un siervo del diablo que trabaja para él en contra de Dios, en contra de sí mismo y en contra de los demás. Usted está muerto espiritualmente, moralmente deformado y no sabe nada de Dios ni de la santidad que El exige. Usted no es capaz de agradar a Dios en ninguna cosa que haga. No tiene ninguna promesa de recibir Su ayuda y diariamente está en peligro de Su justicia, no sabiendo cuando pudiera ser arrebatado hacia la eternidad. Y ciertamente usted estará perdido para siempre en el infierno si muere en su actual condición. Ninguna honorabilidad ni mejoramiento moral le pueden salvar. Solamente la conversión verdadera que produce un corazón nuevo y una vida nueva, puede impedir que usted sea perdido para siempre.

SEÑALES DE VIDA

¿Cuáles serán los resultados de su conversión? En primer lugar, de inmediato llegará a ser uno de los “miembros de la familia de Dios” (Ef.2:19). Usted recibirá una vida nueva, la cual será “renovada conforme a la imagen del que lo creó” (Col.3:10). El Señor Jesucristo será su propio salvador personal. Usted será salvo de la tiranía de satanás, del dominio del pecado y del juicio de la ley divina.

Todos sus pecados le serán perdonados. Usted será adoptado como hijo de Dios, y tendrá libertad para acudir libremente a El en la oración en toda situación, sabiendo que El está dispuesto a escucharle. El Espíritu Santo vivirá dentro de usted, enseñándole a entender las Escrituras, guiándole en su vida diaria y ayudándole a ser santo. Usted llegará a formar parte del compañerismo de todos los creyentes verdaderos. Usted será capacitado para servir a Dios y ser de ayuda para otras personas. Recibirá todo lo que es verdaderamente bueno para usted, y le será concedida gracia para soportar cualquier aflicción que Dios en Su sabiduría fuera a permitir. Usted sabrá algo de lo que significa tener una relación viva con Dios el Espíritu Santo. Especialmente al leer la Biblia y al orar, y en la adoración pública, su alma se alimentará de la Palabra de Dios. Usted será unido a aquellos que aunque viven en la tierra son “herederos de Dios y coherederos con Cristo.” (Rom.8:17) Usted podrá morir y vivir en paz porque por medio de la fe, ya habrá visto, la certidumbre de la gloria eterna que le espera en el cielo.

Estas son algunas de las bendiciones que serán suyas en esta vida, y habrá aún más grandes bendiciones en el cielo. Cuando usted muera su alma irá de inmediato a estar con Cristo, lo cual es “muchísimo mejor” (Fil.1:23). En el día del juicio, su alma y su cuerpo serán justificados y glorificados, para que usted pueda entrar a la plenitud del gozo eterno el cual Dios le ha preparado. En el cielo su cuerpo que era “corruptible” será “incorruptible”; y aquello que fue sembrado en deshonra, será resucitado con “gloria” (1 Cor.15:42-43). Usted nunca jamás volverá a experimentar hambre, sed, cansancio, enfermedad, pecado, vergüenza, tristeza o muerte. Usted será perfecto y finalmente librado de todas estas cosas, y perfectamente capacitado para conocer, amar y adorar a Dios. Junto con los demás habitantes en el cielo, usted verá la gloria indescriptible de Dios y podrá amarle y adorarle perfectamente para siempre. Su propia gloria contribuirá a la gloria del cielo; no será algo personal o egoísta. Aún más, su gloria contribuirá a la gloria de su salvador Jesucristo, quien sabrá que su gloria fue conseguida por la “aflicción de su alma y quedará satisfecho.” (Isa.53:11) Y Dios el Padre será glorificado en la glorificación de usted. No solo recibiendo su adoración, sino viendo la consumación de Su obra gloriosa de salvación en usted, y compartiendo Su gloria con usted. Aún los creyentes más pobres y débiles disfrutarán todas estas cosas para siempre.

Pero usted debe recordar que ninguna de estas bendiciones pueden ser suyas a menos que sea verdaderamente convertido; ser convertido verdaderamente significa volverse de todo corazón del mundo, del diablo y de la carne. Significa volverse del mundo, el cual siempre está tratando de atraparle; de la carne (su propio “yo” carnal), la cual siempre exige ser complacida; y del diablo quien le engaña para que desobedezca a Dios. Pero la conversión incluye no solo volverse de, sino también volverse a. Usted tiene que volverse a Dios el Padre quien le llama, al Señor Jesucristo quien es el único camino al Padre, y al Espíritu Santo quien es el único que le puede capacitar para volverse. Usted tiene que volverse a los medios de gracia (la Biblia, la oración y la iglesia) que Dios ha provisto para usted; y tiene que volverse a buscar la santidad de vida. Debe haber arrepentimiento genuino y fe.

PIENSE Y ACTUE

Segundo, si usted quiere ser convertido debe pensar seria y profundamente acerca de lo que está involucrado. La conversión no es algo trivial o superficial. Apártese usted solo y piense seriamente acerca de porqué Dios le creó; entonces piense acerca de la vida que usted ha vivido, los pecados que ha cometido y el peligro en que se encuentra.

Piense acerca de la brevedad de la vida, acerca de la certeza de la muerte y del juicio, piense en el gozo del cielo y los tormentos del infierno, y la eternidad de ambas situaciones. Piense entonces en el amor de Cristo, en su sufrimientos y muerte, en su gloria como el salvador de los hombres. Asegúrese de meditar profundamente en todas estas cosas.

Tercero, si usted está pensando seriamente acerca de la conversión, asegúrese de leer las Escrituras, “Las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Tim.3:15); y si puede, lea otros libros cristianos que explican la enseñanza bíblica acerca de la salvación. No falle en asistir regularmente a un culto donde se predique fielmente la Palabra de Dios. Dios ha ordenado la predicación como uno de los medios principales para la conversión de los hombres. La primera carta a los Corintios 1:27 dice: “Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.” También el apóstol Pablo escribió las siguientes palabras: “Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo. ¿Cómo pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” (Rom.10:13-14).

Cuarto, vuélvase a Dios en oración ferviente y constante. Confiese sus pecados y pida su Gracia para iluminarle y convertirle. Pida a Dios que le perdone todo el pasado y que le dé su Espíritu Santo para cambiarle su corazón y conducirlo a una vida de santidad. Haga que ésta sea su oración constante.

Quinto, haga un esfuerzo decidido a abandonar todo pecado que le sea conocido. Intente odiar los pecados que antes amaba. Haga todo lo que pueda para dar la espalda al pecado en todas sus diversas manifestaciones.

Sexto, si es posible cambie la clase de compañías que acostumbraba tener. Esto no significa abandonar a su familia o romper relaciones con sus parientes, sino que significa tener cuidado para evitar los compañeros o las amistades pecaminosas que no son necesarias. Busque amigos cristianos, reúname con ellos tan frecuentemente como pueda. Hable con ellos acerca de cómo llegar a ser creyente y cómo vivir la vida cristiana.

Séptimo, entréguese a Cristo como el gran médico de su alma. El mismo dijo: “Yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida, nadie viene al Padre sino por mí.” (Jn.14:6) La Biblia enseña, “En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podemos ser salvos.” (Hech.4:12) Lea y estudie todo lo que pueda para saber quien es Cristo, qué es lo que ha hecho para salvar a los pecadores, y cómo El está perfectamente capacitado para suplir todas sus necesidades espirituales.

NO DUDE, NO SE RETRASE

Octavo, si usted piensa seriamente en llegar a ser creyente, entonces actúe con urgencia. Si usted no está dispuesto a llegar a ser creyente hoy, no está del todo dispuesto. Recuerde una vez más que si todavía no es convertido, todavía está muerto en “delitos y pecados” (Ef.2:1), todavía está bajo la ira de Dios y al borde de la muerte y del infierno. Ninguna persona en su juicio podría estar tranquilo en esa condición. Si usted se diera cuenta del peligro en que está, de la pérdida que está sufriendo y de la vida mejor y la seguridad que pudiera tener, no se dilataría ni un momento más. Su vida es corta e incierta, y qué desastroso sería si muriera sin volverse a Dios. Usted ya ha esperado demasiado tiempo, ya ha pecado demasiado en contra de Dios. Cada día que usted se dilata, el pecado cobra nuevas fuerzas y la conversión se hace cada vez más difícil e improbable. No se atreva a aplazar estas cosas hasta llegar al fin de su vida, porque para entonces Dios le pudiera haber reprobado y usted será perdido para siempre.

Noveno, si usted quiere volverse a Dios y vivir, hágalo sin reservas y en forma absoluta y total. Hacerlo a medias no basta; usted no puede dividir su corazón entre Cristo y el mundo, ni apartarse de algunos pecados y conservar el resto. Intentar hacer esto sería engañarse a sí mismo. Usted tiene que estar dispuesto a abandonar todo si quiere ser un verdadero seguidor de Cristo, como El mismo lo expresó: “Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.” (Luc.14:33) Si usted no quiere tener a Cristo en estas condiciones, si Dios y la gloria no son suficientes para usted, sino que quiere también aferrarse a las cosas terrenales, entonces es en vano pensar que usted pudiera ser salvo. Tampoco es suficiente llegar a ser religioso. Es posible ser religioso y todavía ser completamente egoísta, con su propio placer, posesiones y confort como sus metas principales. Pero esto le condenará tan seguramente como si usted viviera abiertamente en el pecado.

Finalmente, si quiere volverse a Dios y vivir, hágalo firme y decididamente, y no como si los asuntos involucrados estuvieran en duda. No permita ningún titubeo, como si estuviera inseguro de qué sería mejor: ¿Dios o su propia naturaleza pecaminosa como Señor? ¿El pecado o la santidad como mejor forma de vida? ¿El cielo o el infierno como el mejor destino? En cambio, haga un rompimiento claro con el pecado y un compromiso claro con Cristo. Una vez decidido no cambie de opinión; entréguese a sí mismo y todo lo que tiene en las manos de Dios. Hágalo antes de ir a dormir el día de hoy, antes de que se mueva de donde está, antes de que el diablo tenga oportunidad para distraerle. Ahora mismo, mientras que lee estas palabras, vuélvase a Dios y pídale que le salve. Sus promesas permanecen tan ciertas hoy, como cuando las otorgó por vez primera, “Me buscaréis y me hallaréis, cuando me busquéis de todo corazón.” (Jer.29:13)